

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

El Camino del Progreso

OCAS

OCAS veces se habrá aplicado con más razón esta frase tan prodigada en nuestra época, porque este camino, que es el de Madrid, es por el que le ha llegado todo a nuestro pueblo, incluso el aliento

para sus más pequeñas manifestaciones de cualquier orden. Esta es la *gabina* que ha gobernado el tráfico en ese punto, la de las barras de Quero, la que daba y da paso a los yeseros, nuestros primeros industriales, y a la bodega del Marqués, primer jalón notable de nuestra industria vinatera.

Al pie está Jonás Ugena que "ni retratao".

Hombre bueno Jonás, pero insignificante, que se hacía notar por el atildamiento de su persona, la voz de chicharra y la color de mazorca, pecosa, de su faz. Si conoció esta fotografía debió de gustarle por parecer en ella el doble de lo que era. Fue escribiente del Depósito, de donde se salió para ser representante de los "foudres" de Irún, nombre corto pero de los que dejan eco que le sonaría bien. Complementaba el apetecido realce de su desmedrada humanidad con grandes bastones ostentosos, enormes cigarros puros y una increíble presunción de castigador. Está muy bien Jonás al pie de la *gabina*, tocado de "jipi" y en jarras, de espaldas a la vía de entrada, como diciéndole al pueblo: "ahí va eso, para que veais". Y aunque aludiera al tren especial que pitaba lejos pidiendo vía, pensaría en sí mismo y en su planta al decirlo.

El semaforista que aparece en la escalerilla es Remigas -Antonio Redondo-, hermano del que estaba de gañán en casa de Cantalejo.

A la izquierda la empalizada de la bodega y a la par de ella, los railitos del tren, los venturosos railitos, que van "como tu cariño y el mío", "el uno junto del otro, to seguío, to seguío".



LA ENSEÑANZA

Se dijo en el fascículo anterior que la enseñanza era el problema fundamental de Alcázar, es decir, la solución segura de todos sus problemas, porque logrado eso todo lo demás, como en el Evangelio, se nos daría por añadidura.

¡Que bien, si los hombres que andaban por Alcázar en los tiempos que rememoramos se hubieran percatado de ello y lo hubieran acometido, porque brío no les faltó a algunos, ni golpe de vista, como a Ricardo, ni base a otros, como D. Joaquín, Guerras o los Fernández Checa, Castillo, etc.! Todos ellos asistieron a la evolución de la propiedad y todos ellos pudieron pensar, como tuvo el atisbo de presumir D. Enrique Manzaneque, lo que Alcázar podía ser con sus recursos, pero con sus recursos bien utilizados, bien conocidos y mejorados adecuadamente, porque dejando la tierra convertida en un erial y lo mismo las almas que la poblaban, poco podría adelantarse.

No hay ningún recuerdo de que los técnicos se aproximaran a nuestros campos ni a los demás medios de vida para nada. Si lo hicieron alguna vez no fue por el fruto por lo que se conoció su actuación, como debía.

Nunca hemos tenido por aquí, no ya ingenieros, sino siquiera capataces iniciados en el mejoramiento de los métodos de trabajo.

Nuestros caporales y mayores, casi todos excelentes, con gran personalidad y muchos recordados y aún fotografiados en éstas páginas, lo han sido de mera intuición y atentos a su buen sentido y a la pequeñísima experiencia de sus años de labor, sin que ni ellos ni los amos, conformes con su estado, sintieran nunca necesidad de mejorarlo ni modificarlo con lo que en otros lugares se estuviera haciendo o se hubiera adelantado.

Aún ahora ha cambiado poco la situación.

Todo lo que no sea proporcionar enseñanza profesional a la mayor parte de la población y que haya un experto por cada cierto número de familias servirá de poco, pero un experto que esté en el lugar de su obra trabajando y no en un despacho entregado al comentario trivial o a proyectos imaginarios

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

MAYO 1964

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XIV

El Legado

Romanones, nuestro gran político, conocedor como nadie de los hombres, de la vida y de las amarguras de la lucha, decía que ningún hombre se podía considerar completo sin haber criado un hijo, haber plantado un árbol y haber escrito un libro. Las tres cosas las hizo él en abundancia y en cuanto a lo de escribir, los años postreros de su vida fueron de una fecundidad asombrosa y de una riqueza muy superior a la que en lo económico le suponía la malicia, que siempre se empleó en él a fondo. Su obra, como lección de vida, no ha sido superada por nadie y que más quisiera yo que ésta que se va hilvanando se le pareciera en algo y tuviera para los alcazares una parte de la utilidad que puede encontrar en la de D. Alvaro todo el que lo desee.

A mí me basta con la evidencia de que estos relatos van a vivir en muchas memorias y van a excitar muchos ánimos, porque son la vida misma de un pueblo, el mío, según va corriendo por todos los arroyos de su suelo, observada al paso de mi oficio, siguiendo a mi padre —José Rufao—, del que lo heredé todo: austeridad, firmeza de ánimo y fidelidad, que bendigo y adoro cada día con más amor. Con sus ojos miro a las personas y a las cosas, con su criterio las enjuicio; acompañado de su recuerdo y de sus sufrimientos meto la reja honda para remover el fondo y sacar a la interperie la raíz de la mala hierba para que se seque y deje prosperar a la buena planta que es, de siempre, la que ha dado aire a la vida del lugar. Y si caigo, como he de caer, no faltará quien al ver la yunta suelta pero uncida, le de por coger la ramalera y empuñar la esteva para dar otra vuelta al terreno y que permanezca mullido y fecundo.

EL AQUEL DE AQUEL ARBOL

Contra la puerta de la Estación tuvo Alcázar los árboles de sombra más espléndidos que ha criado nuestro suelo, sobre todo los de la taberna de Perra. Y el de la rinconada era ya sin punto de comparación, una verdadera joya. La abundancia de aguas permanentes y la riqueza del subsuelo, cosas ambas rarísimas en el resto del pueblo, así lo permitían. El árbol del rincón era la admiración y el asombro de propios y extraños.

En el resto del pueblo, los árboles no agarraban mal, pero vivían con trabajo y desde luego no pasaban nunca de un desarrollo mediano. La coloración de sus hojas y lo poco poblado de sus copas denotaban su escasa salud y la muerte precoz la corroboraba con mucha frecuencia.

Era el árbol del Paseo legítimo orgullo de muchos alcazareños, hasta el punto de que cuando se secó de pronto, sin explicárselo nadie, quedó flotando en el aire el presentimiento de que le hubieran hecho mal de ojo, porque todos nos mirábamos en él, pero después se dijo que le habían encontrado un clavo largo metido en el tuétano y al decirse esto se percibió, muy extendido, ese run-run tan alcazareño con que se denota el recelo de las intenciones

—¡Quién habrá sido “el lechero...”!

Y el run-run duró mucho, como merecía el árbol que prestigiaba al pueblo.

El episodio de aquel árbol y de los demás de su tiempo tiene una trabazón entrañable con nuestra manera de ser. Puede decirse que aquello resultó más llamativo por tratarse de una planta, por estar donde estaba y por haber alcanzado rara opulencia, pero en realidad los árboles se tronchaban o se arrancaban con frecuencia o se les dejaba de morir indiferentemente y los que nacían por casualidad se pisaban o rozaban para que desaparecieran. La vida cotidiana ofrecía esa misma pugna trasladada a la vecindad. El hombre iba a gusto por el campo raso, sin la menor sombra, aunque se achicharrase, cruzándose con otros vecinos de su mismo sentir. Cualquier retallo que se alzara de la tierra lo atraía a pisotearlo y si el vecino con quien se cruzaba no iba todo lo agobiado que para él era de razón, sentía la tentación de derribarlo cautelosamente.

El “lecherillo” piensa que su supremacía depende más que de lo que haga él, de que no prevalezca nada a su alrededor y sobre todo de lo que deje de hacer el otro y de ahí su propensión a abatirlo por cualquier medio, para que no haga sombra y que todos gocemos por igual de nuestro africano sol y de la áspera rusticidad del suelo bendito y, para eso sí, entonces es cuando nuestro hombre es capaz de una acción estratégica, intuitiva y audaz, taimada y perseverante, empleando más esfuerzo del que le hubiera sido necesario para plantar y criar su propio árbol, cuidarlo con esmero y unirlo a los de los vecinos para hacer del pueblo un jardín, pero, claro, entonces no se hubiera podido ver al otro tuerto, que es el *primun movens* del resabio pueblerino.

La calle de los Muertos

EL chico de Baldomero Vizcón, aquel que fue mayordomo de D. Oliverio, que vive, tullido, enfrente del Paseo de las Monjas y que se casó con la Herminia de Antonio Bolecas, me ha recordado el estrecho, a manera de puerta, que tenía la calle Castelar en su salida al campo, de cara al Cristo Villajos, entre la esquina de Eulalio Carrascosa y la de enfrente, donde luego tuvo la tienda Pedro Cagalera y ahora está la platería de Lubián.

El estrecho lo era tanto, antes de hacer Pilez su gran casa, que apenas permitía el paso de un carro y para evitar las estrechuras en las aglomeraciones, tanto como para acortar terreno, los entierros de aquí arriba se dirigían a la Parroquia por la calle del Barco actual, que por eso se la conocía y se la rotuló exactamente como la de los Muertos.

Don Juan Alvarez Guerra, en su hermosa leyenda "La Cruz del Fantasma" -véase el fascículo primero- hace algunas alusiones a estos parajes que él urbanizó y habla del Cristo Villajos como de una ermita solitaria enclavada entre huertos, al frente de la cual empezaba el pueblo por dos calles: Resa, la principal, a la izquierda y San Andrés a la derecha, Canalejas y Castelar actuales. La de San Andrés, incluso tenía un hito en el estrecho para que no pasaran los carros.

La casa en cuyo lugar levantó la suya Pilez, era de planta baja y hacía esquina, formando chaflán, de cara al Cristo, con un estanco establecido en ella. Pilez, como maquinista, en su ir y venir, haría allí muchos posetes antes de comprarla y la encontraría cómoda para él, sin pensar ni por un momento en el porvenir comercial que le esperaba. Un poco más arriba, donde después estuvo la barbería de Mariano y la churrería de Sacramentos, tuvo la fragua Fachano, hasta que edificó

su casa en la calle del Horno, donde murió.

Fernando Alcañiz, el maquinista, que es uno de los pocos que viven de la calle de los Muertos, me ha hecho recordar muchos detalles de estos lugares.

Entre las portadas de Andújar y de la Raimunda y la casa de D. Magdalena, es donde estaba el Pósito y sigue todavía el camaranchón en el que vivió Pelecha por el 1909, siendo alcalde Ezequiel Ortega. Guisaba en la escalera en una hornilla de yeso de las que hacía Fote con las latas del mineral que vendía Mochó y se guarecía en la cámara, sin negarle la posada al peregrino.

Debajo del Pósito vivió la Maisa y un día llegó Ezequiel Ortega de buen humor y la pellizcó en un anca, por detrás, diciendo:

—¡Miau!

Ella, que estaba sentada en el fuego y tenía las tenazas en la mano, le dijo:

—¡Zape!

Y le dió un tenazazo que le encogió las borlas del bastón de mando.

Otras flores otoñales brotaron por allí, como las de la Pernota y Camacheja y entre los misterios del rodal no faltaron fantasmas como los evocados por Guerras ni duendes aterradores que por las noches tiraban cantos en la casa del tío Quico para ahuyentar a los curiosos y que saliera la criada.

Pues bien, por las razones dichas al comienzo y acaso más que por ellas por el mal piso y el mucho barro de la transitada calle de San Andrés, se iban los entierros por la

suya propia, siempre limpia y bien empedrada.

Vizcón, a estilo de Heliodoro, dice que la calle de los Muertos, debía ser una de las principales arterias del pueblo y se duele de que ni D. Magdaleno, ni Josito, ni Pelecha cuando vivió allí, antes de su espectacular retirada al molino del Tinte, fueran suficientes para darle un poco de vida y calor a esta calleja cuyo castizo nombre fue reemplazado por el que lleva, merced a los entusiasmos del siglo anterior, como cambiaron los nombres de otras de su alrededor también, -Progreso, Victoria, Alcolea, Barco, Marina, Moral, Aduana, etc. etc.- todas por igual motivo, como se nota, y siguiendo el tradicional fenómeno de que sufran los nombres de las calles los impulsos transformistas de cada momento y por lo general sin cambiar luego nada de lo que cabría cambiar y mejorar.

Al ser obligado Pelecha a desalojar el Pósito y marcharse despectivamente al molino, fue cuando llevó a cabo una de sus grandes hazañas.

Algún tiempo antes había muerto en el pajarón de la Niña, con la calabaza del vino al lado, una mujer que dejó un niño de corta edad totalmente desamparado. Lo recogió la Chota, vecina de la calle Toledo, próxima a la era, que tenía dos chicas y se hizo la cuenta de que ya tenía un chico, pero se disgustaron y Pelecha al saberlo exclamó:

—Lo mismo me da criar cinco que seis.

Y lo albergó en el molino con los suyos hasta que pudo trabajar.

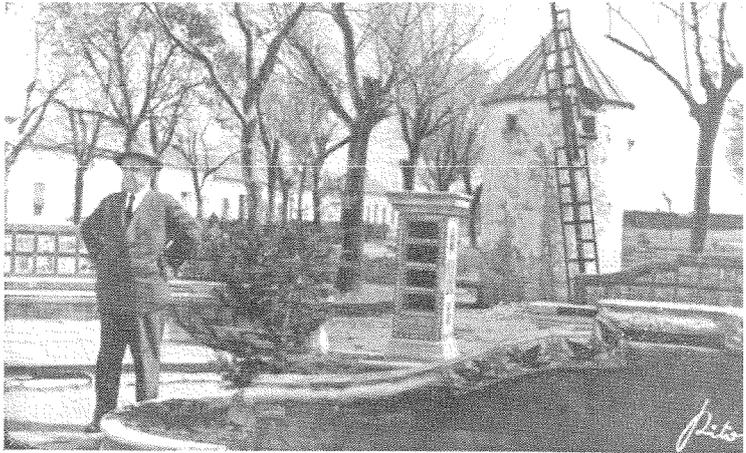
Aquel muchacho -Pascual Bernardino- fue luego un hombre formal y cumplidor que trabajó en muchos sitios y donde más seguido con Ojete y el Rus de la Camila. Vivió como concejil, sin conocer su edad por ignorar cuando había nacido,

sin entrar en quintas ni casarse. Nunca pudo eximirse de los vapores de la calabaza en cuya compañía lo dejó su madre y fatigoso y tártalo murió en el Asilo hace siete años.

El estado actual de la calle del Barco es muy reciente. En su origen fue una callejuela para servidumbre de las casas del saliente de la calle Castelar que tenían allí sus portadas. Y otras casas, como la de Santiaguillo y la de enfrente, de Marchante el conductor, que ocupaban con sus corrales la mitad inferior de la calle. Enclavados propiamente en su recinto como vecinos, puede decirse que no había más que los abuelos de D. Magdaleno, con los que él se crió. Las otras casas, más o menos, dependían de las calles próximas. Hasta las casejas de arriba, que tenían la puerta por la del Moral, entraban mucho en la calle, tanto en la que se crió José Madrid el maquinista, como la de Sardina y la otra ciega de enfrente. Y el piso se mantuvo limpio por la pendiente y por el poco tránsito, siendo el de los entierros el motivo de que se empedrara al principio de estilarse los empiedros y de una vez para siempre, porque no ha habido necesidad de volver a tocarlo.

Una calle de estas características no podía tener la animación que le echa de menos Fernando. Empinada, estrecha y de poca vecindad, le falta aire y luz, siendo su momento de más bullicio el del paso de los entierros, con la resonancia hueca que adquiere el carro rodando sobre los cantos con el muerto y el runruneo del enjambre que le sigue, dejando una estela de silencio y de tristeza que hace resaltar el que tiene de por sí esta calle que a pesar de estar en el centro carece de alegría y lleva el sello umbrío de los lugares que se relacionan con los misterios de la eternidad.

Noticias recientes pero memorables y que parecen remotas



El olvido que se tiene de lo más inmediato, por sensacional que sea, apenas transcurrido, hace que al recordarlo nos parezca como sucedido en época lejana y que el tiempo ha corrido con increíble celeridad.

Hace poco tiempo recibí un presente incomparable. Pepe Toribio me trajo su colección de EL DESPERTAR, seguramente el semanario de más duración de cuantos se han publicado en Alcázar, en el cual colaboré activamente mientras vivió y tendré ahora mucho que espigar en él.

Toribio fue su propietario y su director y fue también concejal y diputado provincial, fue Secretario General de la Asociación e Inspector Principal en Madrid hasta su jubilación, pero su mérito mayor y lo perdurable es haber timoneado el periódico durante once años sin tropiezos mayúsculos y mantener viva la atención de las gentes hacia los problemas de interés general.

Vivió el periódico del año 25 al 36, reflejándose en él la vida local, pero los acontecimientos y circunstancias imprevisibles que siguieron al periodo de su publicación, le dan ahora un valor tan extraordinario que será difícil que pueda prescindir de él nadie que desee enjuiciar serenamente lo que fue nuestra vida en ese tiempo y cómo son nuestras gentes.

Yo he recibido este regalo en depósito y con mucho sentimiento porque cuando el hombre se desprende de los tesoros de su alma es porque hay en él una zozobra misteriosa, ignorada pero efectiva, que le lleva a buscar amparo, como el avecilla lo busca para depositar el huevo que, incubado, debe continuarla. Por eso yo quería y haré porque este documento único, esté en un lugar más seguro y más al alcance del posible investigador o del mero observador de curiosidades añejas. En todo caso la obra de Toribio no debe perderse ni olvidarse y aunque si vivo he de dejarla bien reflejada en estas páginas, haré porque cuando ya no pueda yo manosearla, la sigan considerando los demás alcazareños, aunque no la hayan

Siempre se complace el hombre en volver por sus propios pasos y si la primera vez tuvo alguna razón para no olvidar el sendero, con doble motivo.

Esta fotografía, hecha al sol de las once de un día claro de invierno, vencidos ya los fríos fuertes y de cara a la primavera, es bien demostrativo de ello.

Pepe Toribio, el promotor y creador de la biblioteca del Parque y el palomar en forma de molino de viento, al venir de la Corte, hace unos años, iría a ver lo que quedaba de aquello y mirando al poniente para abarcar todo el Paseo, le sorprendió Pitos en jarras, como caviloso y requemaillo ante lo que contemplaba: la biblioteca sin libros, los azulejos desconchados, el molino sin aspas y sin palomas, resquebrajada la techumbre y sin enjalbegar.

Es lo que se halla siempre en los retornos; la ruina de lo que fue o su reemplazamiento por lo desconocido.

En plazo más largo, el volver nos ocasionaría tal asombro que nos haría apartar la vista del mundo con espanto, sin llegar a percibir ninguna de las supuestas ventajas de la resurrección.

El morir es lo más natural de la vida y enterrar a los muertos la más saludable de las obras de caridad.

vivido como yo ni tenido la oportunidad de compartir con su autor las peripecias de toda una vida, desde la infancia hasta la vejez.

Son muchos los periódicos que ha traído mi querido amigo y al abrirlos para colocarlos saltan a la vista las noticias vulgares pero sorprendentes, casi increíbles, porque la noticia, la mera gacetilla, ha sido en todos estos periódicos caseros, lo más interesante durante su publicación, lo que más atraía la atención pública, en muchos números casi lo único leído y ahora, en la mayoría, lo que conserva más vitalidad. ¡Qué cosas ha escrito uno con aires de eternidad! ¡Y nacían muertas! ¡Qué alucinaciones y qué pretensiones tiene la juventud!

El día 4 de Enero de 1925 sale a la calle *El Despertar*, con el rescoldo de la Pascua y el horno caliente de cocer mantecados, sobrecargado de factores ferroviarios como lo está todo lo legítimo en Alcázar.

—A poco de publicarse el periódico murió Inocentón el de la Cayetana y seguidamente Antonio Castellanos "El Maestrín" y a continuación D. Oliverio, tres figuras de mucho relieve, cada uno por su estilo, si bien D. Oliverio sobresalía con mucho de los otros dos por su grandeza, que pudiéramos llamar universal, porque ni en su persona ni en su vida, hubo lugar para lo pequeño y su personalidad es la más fastuosa que tuvo Alcázar en su tiempo.

Era un hombre grande, muy grande, pero proporcionado, sin deformidades, es decir, que no era zanquilargo o cabezón, por ejemplo, sino que su gran torso hacía juego con su vientre y con sus miembros, resultando una figura gigantesca pero equilibrada y atractiva, que era lo contrario que le pasaba a Inocentón, tarado con profundos y llamativos desequilibrios hormonales.

Los recuerdos y las huellas que se conservan de su paso por la vida llevan el sello de la esplendidez de sus concepciones. El Casino y sobre todo la escalera, que ahora dan realce al Ayuntamiento, son una prueba de ello.

En su gran finca VILLA ASTURIAS, que nombró exteriorizando la fidelidad del sentimiento por su tierra ubérrima, sobraba de todo. Todo era el doble de lo que se necesitaba; bodega, casa, jardines, cuerdas y demás dependencias. En sus viajes compraba toda clase de animales seleccionados que se le malograban aquí, como a D. Enrique Bosch, el otro romántico de la agricultura local.

Se envanecía de que su casa fuera la mejor del pueblo. Pasando frente a ella para hacer testamentos en distintas partes del pueblo, le decía al oficial: Indudablemente tenemos la mejor casa del pueblo. Y fuera o

no fuera la mejor era la más apropiada para él que la hizo dejando en ella la huella de su personalidad, como le pasó a Ricardo en sus obras y a cuantos han hecho alguna por su gusto.

Aparte de este esbozo o boceto de semblanza que ha brotado aquí al resurgir la noticia de su muerte, deberemos hacer algo más para fijar la personalidad de D. Oliverio, según podamos ir la perfilando como ejemplo. Era natural que no le pasara nada en pequeño ¿pero por qué se arruinaría tan completamente? Porque era un hombre que apenas salía de su casa, no iba a ninguna parte ni dejó de trabajar. Fumaba tabaco de cuarterón humedecido con coñac y la máxima distracción que se permitía era jugar a las cartas algunos anochececeres con Antonio Castellanos, el Maestrín, con D. Gregorio el de las Contribuciones o su mayordomo Baldomero, que no eran partidas para emular a Montecarlo. Nadie recuerda que derrochara en nada. Pagó a su gente lo justo. Tal vez no supo frenar ese gasto, generalmente excesivo, que la familia numerosa y adulta significa siempre, pero el hecho es que se le deshizo una gran fortuna entre las manos como un azucarillo en el agua.

Un poco después murió Juan de Dios el de la taberna, otro gordo, y en Noviembre Antonio Murat, el artista alcazareño, olvidado y pobre al que "El Despertar" dedicó una nota necrológica muy sentida, pero en vida nadie le ayudó.

Sensacional acontecimiento en los adelantos fue que José María el de la Diaria pusiera el servicio de autos a Criptana, con más de veinte asientos, llamado "El Gavilán".

El viernes por la mañana —dice "El Despertar" del 10 de Enero de 1926—, fueron detenidos en ésta una pareja de enamorados de 18 años de edad, que el día anterior huyeron del hogar paterno y habían sido reclamados.

Dicha pareja era del vecino pueblo de Herencia y el viaje de luna de miel lo hicieron sobre un magnífico burro.

¡Qué maravillosas son todas las auroras! ¡Y qué poca sensibilidad es menester para empañarlas!

En la misma fecha murió en el Asilo Bernardo Nanaeque. ¡Pobre Bernardo, tan simpático, tan popular! Con cuánto gusto se le recordó aquí al hablar de La Montijana y cuánto le hicimos rabiarse de chicos. La gente le puso un apodo adecuado a su tartamudez, cuadrado, lo que se dice exacto, según empezaba todas sus expresiones y se le quedó como apellido efectivo mucho más claro y real que el suyo propio.

También por aquel tiempo se le puso a la calle Arjona el nombre de D. Antonio Maura.

Pero el suceso conmovedor fue

la muerte del amigo Ezequiel, el hijo mayor de Estrella, en plena juventud y con tres hijos. Iba con la cábria de las pipas del vino y al llegar a Villarta se le espantaron las mulas de un automóvil de los poquisimos que circulaban entonces y por sujetarlas cayó a tierra y lo cogió el carro quedando muerto en el acto.

Fue enterrado en el referido pueblo con asistencia de medio Alcázar, porque era muy querido y el de más provecho que tenía Eulogio.

Y como todo se comentaba, también se dijo que Ernesto Verdiñas se cayó por la madrugada del burro, donde iba a trabajar, pero no se hizo más que una herida sin importancia en la frente.

El 28 de Enero murió D. Manuel Manzaneque, a los 72 años como hemos dicho varias veces. Pero parecía más viejo. ¿Eh, Toribio? Ni tú ni yo estamos así ¿No te parece?

Mucho se runruneaba entonces sobre el precio del Casino Principal, lo valoraron en 178.000 pesetas que no cuajó y el Ayuntamiento estuvo cierto tiempo sin saber dónde podría meterse.

La María Manuela, ya harta de vivir, se nos fue por entonces, aquella gran mujer que tuvo pendiente de sus chupones y de su mosquite-

ro a toda la chiquillería del pueblo en su puesto de la Plaza.

Y también el tío Medior, otra de las figuras ornamentales de la Villa.

Pedro Escudero empieza a repartir por esas fechas "El Eco de Alcázar", publicación que, aunque de carácter comercial, estaba muy metida en la entraña alcazareña, porque así lo requería el espíritu de su iniciador, que por esas fechas enterró a su hermano Daniel en Belmonte.

En vista de la baja de los piensos se acordó entonces rebajar el precio de la leche de vaca, cabra u oveja al máximo de 60 céntimos el litro, cosa muy razonable.

El mes de Mayo fue aciago; se murió Pedro Advíncula y Daniel el del Agua, a pesar de que ya venía a la Fonda Francesa el doctor Manuel Gómez, de las clínicas de Berlín y París etc. etc.

Menos mal que le dieron a Emiliete una comida los de los Previsores a siete pesetas por barba y se animó la cosa.

Y Juanillo Junquillo se quedó otra vez con los consumos en 286.011 pesetas por año que nadie creyó que podría sacarlas.

A la semana siguiente se publicó una noticia diciendo que "a la avanzada edad de 67 años había fallecido Trinidad Paniagua Negrillo".

Pero bueno, Toribio, ¿en qué estabas pensando para ver esa edad tan avanzada?

Vino entonces el Prisionero, fallecido hace unos meses, Antonio Vaquero Arias, hijo de Hilario el Repretao y de la María la Caguina, mis grandes amigos, que he citado varias veces. ¡Cuántas cosas podría escribir de ellos y qué merecidas! "El Despertar" dedicó a este acontecimiento la atención debida en varios números.

Después de la feria se murió Alfredo Sáiz, el padre de todos "los Alfredos" sin llamárselo ninguno, conocido industrial, hermano de Paco. Y nuestro primer librero.

"El Despertar" primero del año 27, con el último del anterior y los siguientes, porque la Pascua siempre traía cola, se hizo eco del sentir general y voceó por su cuenta sobre nuestros carnavales. El sentimiento era porque el mal tiempo no permitiera divertirse todo lo que se deseaba y se quería celebrarlo en su tiempo. ¡Qué años aquellos de carrozas, coches engalanados, estudiantinas, comparsas, bailes en seis sitios diferentes, máscaras a granel y el delirio del pueblo entero! Estanislao, dice Emilio que vació él solo cinco sacos de papelillos la

última noche. ¡Con qué calor toma Emilio esto, como todas las cosas locales! ¡Cómo se metía en él el sentir alcazareño! ¡Cómo animaba a la gente! Vamos a ver, decía, ¡quien le pone el cascabel al gato! Y se le ponía, ¡Vaya si se le ponía! porque Emilio, aparte de escribir en los papeles y comentar la actualidad de la Villa, plasmando los estados de opinión, desempeñó una función utilísima para la convivencia entre las gentes del pueblo, favorecido por sus aficiones y por la índole de sus ocupaciones que le permitían estar al tanto de todo y frecuentar los casinillos solaneros o rinconeros en los que él favorecía la difusión de "los ideales" con sus lecturas en alta voz y sus comentarios, fogosos pero imparciales, de los discursos de nuestros hombres públicos, los estrenos de nuestros autores de teatro o la aparición de tal cual libro en verso o prosa de aire gallosiano.

Emilio, como Paco, llevaba siempre "la prensa" con otros muchos papeles y las cartas de todo el año, en los bolsillos de dentro de la chaqueta, hecha dobleces para que cupiese y al llegar al corro, si venía a pelo, pronto echaba mano, la desdoblaba y se ponía a leer y comentar en forma clara y vehemente que, como decían luego algunos, daba gusto oírlo.

Su eclecticismo, de honda raigambre alcazareña que algún día abordaremos, influyó mucho en el mantenimiento de las relaciones ciudadanas y en la decantación de los extremismos, porque como todos los hombres "avanzados" de Alcázar fue de una austeridad francis-

cana y de un espíritu conservador tan depurado y justo que podía mirar serenamente a los fanatismos de toda índole. Y ese, el de la hombría de bien, fue el airón que Emilio paseó por Alcázar toda su vida y el que campea en estas crónicas que ahora emociona volver a contemplar.

A poco abrió Tornero su cervería otra vez y Laurentino se fue a entrenarse a los campos andaluces, cuando "El Gachas" regresaba de Salamanca, — Gumer venía, según "El Despertar", imponente de arte y de valor y con contratos firmados para Valencia, Madrid, Zaragoza, Albacete y Alicante.— Como se ve "El Despertar" no se durmió en las pajas ni le escatimó a la cometa la cola que pedía.

Las locuras de Febrerillo se llevaron al Angel de Gaspar, recordado en esta obra. Y a Miguel el Gorriero.

A finales de Abril empezó a publicarse el semanario CRISPIN, digno del recuerdo que le dedicaremos algún día.

Y en Mayo, mes de las flores y de las rondallas callejeras, rompió "El Despertar" una lanza para que los novios no taparan las ventanas. Es lo que decía Camilo el Porrero:
— ¡Si la envidia fuera tiña, leche...!

Al poco tiempo, Ulpiano, el mozo de equipajes, vió abandonada

una maleta nueva, abierta y como no iba nadie por ella se la dió a la policía.

Luego se supo que era de unos novios que salieron para Alicante en viaje de luna de miel y olvidaron las alforjas.

Por algo dice la gente que estamos en un pueblo como no hay otro y que lo que se ve en Alcázar no se ve en ninguna parte.

Y Jesús Esperón, el "as" de los cazadores, marchó en plan veraniego al balneario de Villafranca de los Caballeros, con la máquina de retratar.

"El Despertar" le seguía el humor a Jesús divinamente, como era de razón.

Antes de la feria quedó acordado que los sacadores de piedra de las canteras del yeso, percibieran siete setenta y cinco por tonelada. Para que se vea lo que había que afinar en todo.

Y se volvió a publicar una queja del vecindario lamentando que los novios taparan las ventanas, porque les daba miedo de verlos ¡Pobrecillos!

Y empezaron a llegar carriles y traviesas para la doble vía.

Y el Pan Sáiz rifó entre sus consumidores un cerdo de ocho arrobas que le tocó a Pablo Librado.

Se abrió la Estación Enológica.

Y falleció la Relojera, a los ochenta años, después de estar muchos cabeceando, como su tartaneja, porque andaban iguales y abultaban poco más o menos.

El año se despidió con los más entusiastas comentarios de todos los cronistas por la brillantez de los carnavales y reiterando el deseo de celebrarlos en Febrero para asegurar mejor el buen tiempo. El mujeriego alcanzó aquel año el calificativo de *bestial* en el colmo del entusiasmo.

Se vendieron las láminas de propios.

Y el nuevo Notario D. José Durá Ruiz abrió su despacho en la plaza de la Constitución, 3 principal

En Febrero murió D. Enrique Manzaneque, el singular recopilador de cosas alcazareñas.

Y se inauguró el Banco Central.

Y murió José María el de los Papeles, el primero de los tres hombres célebres de Alcázar, como ya consta en esta obra. El de en medio fue José María el de la Diaria y el tercer hombre Daniel el del Agua, en opinión de aquella que se dijo al comentarlo en otro libro y como ella de una boca grande, espléndida. Entonces se observaba con frecuencia este detalle.

Al quedar las personas desdentadas se reducía la altura de la boca

y se agrandaba el ancho, quedando una boca de rana, con las comisuras hacia las orejas, que en el que la tenía bien desarrollada llamaba la atención.

Las mujeres se fijaban en las bocas pequeñas y las hacían resaltar como detalle de belleza. Gran equivocación, porque la boca, como todo, ha de ser, para estar bien, proporcionada a la constitución de la persona y la boca de piñón, como se decía, es una boca enfermiza, defectuosamente desarrollada, que da a la cara unos rasgos distintos de los que le corresponden y por lo tanto nunca bellos. Lo hermoso ha de alcanzar un desarrollo completo en lo que sea y la boca de Daniel, como la de la Cebolleta, la de Pajón o la de Cachile, dieron de sí todo lo suyo.

Cuánto me acuerdo de Daniel desde chico. Se lo merecía todo.

Tuvo "la suerte" de trabajar mucho y el destino se lo recompensó manteniéndole con esa ilusión, que es la única que resiste todos los embates de la vida, hasta en el lecho de la muerte, para dejar a la familia a salvo de las aguas infinitas que tuvo que acarrear de joven, cuando no iban por su pie a las casas las del consumo indispensable.

"El de los Papeles" por apodo propio profesional, José María Escribano Casero de nombre familiar y Caguillo por apodo tradicional, fue el que murió en esta fecha. ¡Qué persona tan excelente! Daniel le había precedido un poco en el viaje, como hemos dicho.

Procedía del admirable gremio lugareño del tirapie y no estaba fallo a ningún palo de raigambre alcazareña.

Su vivir fue muy trabajoso y su humor invencible. No era mucho hombre, pero tenía un bigote que se despuntaba a lo zapatero, rastra única de su primer oficio. Amigo del "panete", le echaba las cortezas de limón al zurra con todas las reglas del arte, cortándolas rectangularmente, doblándolas con la corteza hacia dentro para que saltaran y expelieran su zumo y aroma amargos y ásperos dentro de la lebrilla y quedárselas chupando después de haber ingerido el vasete y escurredo el bigote.

Truquista y secansista, aunque los papeles se lo vedaban en parte, porque era cumplidor y porque la rastra de la familia le obligaba a hincar más de la cuenta.

No se apartó de la cuadrilla de los zapateros ni de la cocina de mi casa.

Gran fumador y por lo tanto buen tosedor, tenía el pecho cascado y por la rajilla se abrió la olla después de largos años de toses y carraspeos que le obligaron a dejar los papeles y las caminatas de sus repartos. Por eso su muerte pasó en silencio, como la de todos los que se apartan de las obligaciones o los arrinconan la vida, como un hecho descontado tiempo ha, que sólo descanso deja tras de sí.

Fue un hombre harto de fatigas que no todas le salían del pecho, aunque en él se le reconcentraran, porque en él está el corazón que es el que las almacena. Todo lo soportó con irónica resignación y es seguro que al marchar no le agobiaría la pesadumbre de la partida y una mueca escéptica sería el último rictus de su faz.

Otra pena en la entraña alcazareniana fue la muerte de la tía Vicenta de Quinica.

Por los Santos se dió un caso de suicidio sensacional, el de Emilio Chocano, que se metió un cartucho de dinamita en la boca y le pegó fuego. Menos mal que no oyó el trueno que si no menudo susto se pesca.

Por la misma fecha "El Despertar" se consideró en el deber de publicar el artículo del Reglamento de Espectáculos Públicos que ordena que en los teatros, mientras esté el telón alzado, se debe estar en "cote".

Seguro que ese recordatorio no lo necesitaba ningún escuelante del señor Bernardo porque allí se aprendía la Urbanidad a palo seco, que es una forma bastante segura de que no se olviden las cosas por mucho que se cambie en la vida. Ahora que se estila ir a pelo no se podrá sacar a relucir el reglamento aquél, pero de la Urbanidad ¿Qué habrá que decir? ¿Se seguirá dando aquel libro en las escuelas? A lo mejor no se estila porque ¡ha pasado tanto tiempo!

Una de las marzadas de Marzo se llevó a Don Angel el de la Cera, único hombre en Alcázar de perfil Canovista; — en Criptana había otro, el médico Don Florentino —, quevedos de oro montados al aire sobre el caballete de la nariz y cadena del mismo metal abrochada al ojal de la chaqueta a lo chaquet y aire romántico de indudable atracción. Era fino, delicado y generoso pero contumaz en el cortejo y como todos los oficios tienen quiebras, una vez le pusieron el desayuno por montera con bandeja y todo.

Nada vulgar, todo lo que hizo fue novedad en Alcázar, empezando por lo que le dió nombre, la fábrica de la cera. Trajo el cine por primera vez y los espectáculos, aquí exóticos, al estilo de la Villa Lumière.

Gran simpatía la de D. Angel, al que ví cruzar miles de veces desde su casa al Paseo, siempre tan airoso, aunque no tanto como la Paquita Vila que era el mismo imán, el asombro y la enajenación, que hacía relinchar a los potrancos que cruzaban hacia el muelle.

En estas fechas se hizo pública la decisión tomada por el Ayuntamiento de no comprar el Casino.

Y se mudó Simón a la calle de Canalejas, con la Crisanta, claro, que todo hay que decirlo y todo tiene su importancia.

Y le adelantaron una hora al reloj.

Y siguiendo los adelantos empezaron a verse en Alcázar los chispazos de los prodigios del Dr. Asuero, casi tan estruendosos como los trompetazos que le metía al bajo Marcos el Tonelero, que cerró el pico por entonces, un poco antes que Cristóbal Cenjor, que lo hizo después de la feria, llevándose poco con su pariente el cura Tello, el ingénuo y regocijado Juan Tello, incomparable de bueno.

En este año perdió Alcázar la figura de D. Luis Espadero, hombre de apacible condición y agradable trato, afable, sencillo y rico que podía dedicar su tiempo y su dinero a vestir su personalidad y cumplir las atenciones generales que en las demás casas no podían llenarse por ser insuficientes, como alojar visitantes ilustres o corresponder a

cualquier motivo colectivo de ámbito nacional para que Alcázar no desentonara.

Ahora que el hogar ha perdido casi toda su importancia y nadie considera deprimente el llevar a los amigos a la fonda y se celebran los convites en los bares y hasta las comidas de diario, no se aprecia en las poblaciones esa gran necesidad de disponer de un recurso extraordinario para las ocasiones, como se tenía en la casa la sartén grande para las bodas y las fuentes de Talavera para el arroz con "duz".

Pero entonces era otra cosa y una gran suerte para los pueblos el disponer de una casa que fuera un poco la de todos y cayera bien en ella lo que, más o menos, incomodaba en otra cualquiera, sin embargo de sentirse cada vecino también un poco quebrantado si la cosa no resultaba como debía. Y esa función representativa, diplomática y relevante la cumplió D. Luis mientras vivió, con el beneplácito general e incluso el apoyo, cuando menos moral, de las personas que sentían la responsabilidad del posible desaire de la Villa. Alcázar tenía una casa adecuada a la ceremonia que no había que desempolvar, viva y abierta para todos los imprevistos, gracias a D. Luis Espadero que encarnaba aquí el espíritu patriarcal, provisor y previsor, que en rigor correspondía a todos los vecinos, los cuales, tácitamente, se descargaban de la obligación y descansaban en él, seguros de que cumpliría por todos, al pie de la letra, obediente a las más puras y hondas corrientes hospitalarias de un Comendador o Maestre de San Juan.

A primeros del año 30, el periódico local llamó la atención sobre

la "fiebre espiritista" reinante en Alcázar.

Toda La Mancha, lugar escaso en aguas corrientes y abundante en estancamientos, propendía a las fiebres y Alcázar, a pesar de sus adelantos, no estuvo falto de calenturas y sigue teniéndolas, porque estas del espiritismo, el curanderismo y el ocultismo retoñan con vigor a cada paso, señal de que el terreno lo requiere, porque como decía Atanasio el Yesero, recelando de las pelambres abundantes y selváticas: "en los montes cerrados suele haber conejos"

Como Dios da la llaga y la medicina, nada más producirse esa lamentación, se abrió una oficina de remedios, la Farmacia Moderna, por Eugenia Domínguez, de grato recuerdo.

Y se estableció la Brigada Sanitaria en el Pasaje.

Factores sanitarios a pesar de los cuales ha perdurado la fiebre de que hablaba *El Despertar*.

Menos mal que se abrió un cauce a los miasmas con la inauguración de la carretera de Alcázar a Villafranca, Camuñas y Madrideojos, porque con el tráfico se mejora la ventilación y pueden también las pobres gentes de por ahí acudir a nuestros hechiceros con sus pesadumbres.

En este mes se murió Caspirre, el padre, al año de su vecino Fructuoso, el de la Rica. Y Enriquillo el Carpintero y por poco si la lía también la Cayetana de Casitas, que a pesar de su arrogancia y fortaleza estuvo "en tenguerengue".

Ya pasado el frío, en el mes de Mayo, falleció en Madrid D. Enrique Bosch Herreros. ¡Grande e intere-

sante personalidad la de D. Enrique, única en Alcázar!

Vivió la alta política desde la infancia alrededor de su padre y, con la observación de aquellos manejos, se hizo un escéptico universal. Por eso su talento, su cultura y su feliz disposición para toda clase de actuaciones, se perdían en las planicies de su alma como las olas suaves en las playas bajas.

Pero esas condiciones y el no importarle nada personalmente, le dieron en Alcázar una preponderancia inusitada, unidas, naturalmente, a ser el marido de la Niña y gozar de una posición preeminente; a ser el director de "El Imparcial" y, ante todo y sobre todo, a no ser de Alcázar ni vivir aquí aunque aquí tuviera una buena parte de su caudal, pero sin haber engendrado ni tener ninguna clase de resentimientos y disfrutando de una libertad y de una soltura de movimientos que le permitieron llevar a cabo gestiones importantísimas y verlas felizmente coronadas, en un pueblo tan difícil a la tutela como el nuestro.

Siempre deberá recordarse con agradecimiento en el pueblo aquella temporada de D. Enrique y lamentar que por las circunstancias generales no tuviera continuación y las resultas que merecía, quedando de ello solamente la obra del alcantarillado, que no es poco para un primer arranque.

Era un romántico como se ve en su estilo literario, de matices barrocos, en sus realizaciones agrícolas y ganaderas, recordadas en anteriores fascículos, y en su actuación pública, todo hecho sin fe pero con generoso desprendimiento y una esperanza infinita en la virtud propia de cada cosa.

Alguna vez me amaneció a su lado porque era muy de su época y del Madrid novecentista, trasnochador y poco madrugador. Su vida

empezaba a la hora de comer y terminaba con la del alba, aún sin salir de su casa.

Su dureza de oído alargaba sus monólogos y permitía apreciar todo el alcance de su pensamiento y la sutileza y abundancia de recursos verbales para exponerlo. Sobrado de medios y de relaciones, con la mitad de los arrestos de su padre, ingeniero catalán, muerto muy joven habiendo sido Alcalde de Madrid y Ministro, hubiera sido Ministro él también.

Gracias a su ascendiente y a su conocimiento de los resortes de la vida pública pudo Alcázar colocarse en un frente de realizaciones de alto nivel y concebir los más espléndidos proyectos. Lástima que los hechos, no imputables a nosotros, se concitaran en su contra y se deshiciera todo como un azucarillo sin que nadie lo recuerde ya.

En Septiembre murió Enrique Puebla, hombre rebajote, de claro juicio, vibrante, de bigotes e ideas castelánicas aunque de menos fantasía que las de D. Emilio. Austero, emprendedor y conforme con las circunstancias inevitables. Fue un hombre de gran mérito, reconocido ya en otros fascículos, al que Alcázar debe más de cuatro brazadas en su cruce a nado por la laguna de la esterilidad

Por Octubre se nos fue Ambrosio Correas, antiguo corredor, de cuando el corredor, además de medir y pesar, era el agente comercial de los almacenistas norteños. Fue en su tiempo el carácter más abierto y la cabeza más despejada de la calle del Santo.

Tenía figura y el "trato" le dió dominio, ductilidad y don de gentes. De nuestros hombres de peso, sin ser pesado, era uno de los más

característicos y cuando subía él el Santo, resaltaba en la fiesta la figura patriarcal del tío Ambrosio, como uno de los hombres de que el pueblo y el barrio se podían sentir satisfechos.

Con esto de Ambrosio Correas terminan los años veinte, porque el siglo que corre parece que habrá que clasificarlo por décadas, pues los hechos que se suceden son de tal importancia y frecuencia que exceden a las medidas establecidas antes por los historiadores.

El siglo llevará el nombre que le corresponda al acabar y tal vez un número dentro de la Edad o la Era que acaso se defina dentro de lo atómico.

Se llegará a la Luna. Esto ya es indudable. Las comunicaciones estelares producirán cambios que ni sospechar podemos y el mundo en que hemos vivido quedará deshecho y olvidado.

No se puede decir que la gestación del cambio haya sido precipitada hasta ahora pero con los descubrimientos se acelera todo al extremo, entrando en crisis lo anterior y en los años treinta, que siguen a la muerte del tío Ambrosio, hubo una quiebra tan honda, sobre todo de los resortes morales que regulaban la vida, que en vano tratamos de equilibrar o adaptar a las nuevas modalidades.

Más de una vez estuve sentado con el tío Ambrosio en la banca de su cocina, mientras la mujer tizoneaba. Tenía muy buen sentido y veía las cosas con naturalidad, pero presumo que ahora, ante lo insólito, guardaría silencio y mirando hacia la media puerta, exclamaría:

—¡Quién sabe dónde iremos a parar!

Y levantaría la cabeza hacia las bovedillas, como exaltando su meditación.

Deslumbramientos infantiles

Hace poco que ese mito del alcazareñismo que se llama Elisa Ramírez de Castillo, me recordaba desde Francia que uno de los mayores anhelos de su infancia era hospedarse en la Fonda Francesa.

Juzgando por mi propio sentir, creo que serán muchos los chicos que podrían dar testimonio de tan desmedida aspiración. Ello depende de la situación de cada uno, pero la mía, que tiene tantos puntos de contacto con la de esta criatura, no puede menos de reconocer lo razonable de este deseo fantástico.

En la época que yo jugaba en el Paseo, donde ella jugó después, no existía la Fonda Francesa, ni ninguna otra. No había más que la de Orsini en la carretera del Campo y alrededor de la Estación algún que otro aposento, que ni posada podía llamarse, donde se daba alojamiento y comida si se encargaba.

Todavía se veía por el barrio abundancia de mujeres cobijadas en la saya de reminiscencia mora, como las vió el maestro Azorín aquel día infernal que subió desde el Casino a la Estación, cubiertas de cabeza y cara.

Cuando pusieron la Fonda Francesa y el comedor con ventanas encristaladas a la calle, fue para los chicos motivo de la más asombrosa admiración el ver a la *gente gorda* comer allí.

Antes había sido motivo del mismo deslumbramiento la Fonda de la Estación, pero entonces no se podía entrar libremente y los chicos solo veíamos aquello cuando íbamos con nuestros padres a presenciar algún acontecimiento, generalmente el paso de algún personaje, sobre todo el Rey, cuando iba de caza y se movilizaba todo en su honor y seguridad. Muchas veces iban cenando y los chicos nos quedábamos bizcos mirando por las ventanillas del tren a cuya altura nos alzaban nuestros padres. ¡Qué apreturas aquellas! Pero los chicos queríamos ir y los padres consentían en dejarnos para que viéramos cosas y aprendiéramos.

Lo de la Fonda Francesa, como estaba al alcance, se hizo más familiar, sin perder por eso a nuestros ojos su brillantez inolvidable, que todavía recordamos con admiración, a pesar de haberla visto luego con ojos menos propicios al asombro.

Es natural que los que se ausentaron del pueblo de chicos conserven el recuerdo aquel con más viveza, como le pasa a

Elisa, viajera universal, con largas ausencias del país y que sin embargo conservó en su alma, con el amor a su pueblo, el pueril deseo de hospedarse en la Fonda Francesa, hasta llegar a meterse en ella un día de riguroso incógnito con coche y todo, no para quitarse la gana, sino para meditar a solas en las vueltas que da el Mundo.

Pocas veces se sale triunfante en sus condiciones de una prueba como la que ella hizo, tan segura de desilusión, pero la sobrepasó y conserva incólume el sentido admirativo hacia todas las cosas cuyo recuerdo le entenece. No es, sin embargo, recomendable para todos el experimento realizado por esta singular alcazareña con tanto riesgo de desencanto. Es mejor conformarse con el buen recuerdo, con las apariencias, sin empeñarse en sacarle el serrín al muñeco y mucho más después de haber visto los montones de virutas y trapos viejos que siguen a todas las fiestas de Reyes Magos. Dichoso una y mil veces el que puede conservar la ilusión que es la esencia de la vida. De ahí la importancia de no tocarla, de no destriparla; pero ¿cómo sujetar, cómo contener el ímpetu de la curiosidad infantil para sacarle las entrañas al juguete?

Esta alcazareña, tan alejada que nunca se la puede ver, hablando desde allí nos lleva al lugar de los juegos de la infancia, de la infancia que, como yo mismo, a lo mejor no tuvo, pero que ahora nos hace correr tras ella pisándole la sombra que proyecta con su alma en el suelo del Paseo, una sombra como todas, como de figuras del Greco, alargada y sobrecogedora, que jugamos a pisarle, como otras veces hacíamos los chicos de aquel tiempo...

Pero la sombra que vemos no es una sombra trivial, es una sombra de perfiles alargados y rectos, sin más angulaciones que las impuestas por la articulación, de una quietud serena, meditativa, introspectiva, que apenas deja jugar. Son los años, la no infancia, el tiempo y sus azares. Es la melancolía y el peso del pasado, que nos detiene al correr por los andenes del Paseo para pillarnos o para pisarnos la sombra. El impulso irreflexivo se fue, se lo llevaron los desengaños. La vida sigue pero sin la vivacidad y la ingenuidad de antes y es en vano el querer jugar. Si la casualidad nos juntara de nuevo en algún banco del paseo, en lugar de perseguirnos alocados nos dedicaríamos a rememorar sosegadamente. Esta es la diferencia de ayer a hoy y en esto pararían los deslumbramientos infantiles: en ver las salpicaduras del vino tinto en los manteles que nos parecían inmaculados y nítidos desde el otro lado de la cristalera.

SUCEDIDOS

Fortunas alcazareñas

Las ha habido muy importantes, tanto por el mucho tener como por el poco necesitar y aún necesitando mucho, por el saber apañarse con poco, porque los mayores capitalistas, que hubieran dado fin de la alhóndiga, de tenerla, hay que ver cómo vivieron de bien y de estrechos.

Godofío, que fue uno de los del riñón cubierto, solía decir que tenía sin vender los *blincos* de los chotos de cinco años y la lana de las cabras desde el mismo tiempo.

Cambiaba los panes que le sobraban de la semana por borricos a los gitanos. Se iba con un borrico y volvía con dos o tres.

La Eusebia, su mujer, se llevaba las manos a la cabeza, y él le decía:

—¡No te apures, mujer, que para eso tenemos en la bodega el vino de tres años sin vender!

Godofío carecía de todo, pero en su imaginación no faltaba de nada. ¡Y hemos tenido tantos Godofíos en Alcázar, que muy bien podemos pasar por los más ricos del mundo!

Cosas de chicos

Don Leandro Gómez, estando en la escuela, se acercó a una sección porque había notado que olía y exclamó:

—¡Uf! ¡Qué asco! ¡Esto es intolerable!

El más vivaracho del grupo, le presentó las ancas y le dijo:

—¡Yo no he sido, señor maestro, güélame usted!

Y por lo que decimos luego

La semana de San Antón del año 12, estaban las cuadrillas en el Monte, en la Casa de la Navarra y al rematar de la cena se apostaron a tirarse cuescos Chichín y el Jaro el Pantalón, con la condición de que el que ganara bebería vino y el que perdiera agua.

Chichín echó 37, espesos, y Cárdenas 40, con aire y carretillas. Después de la broma extendieron las sacas y todo el mundo durmió a pierna suelta.

Y para que veamos lo que son las cosas, nadie amaneció atufado en la quintería. Y todos quedaron admirados de la difícil facilidad del par de sujetos para "hacer punes".

Ayuda natural y lógica

Mortales —apodo claro y significativo, como tanto más—, estaba trabajando en el campo con otros y oyó gritos que salían de un pozo. Se acercaron y vieron a un hombre dentro con el agua hasta la cintura. Mortales, le preguntó:

—¿Qué haces ahí?

—Que me he “querio” matar y no me llega el agua más que a la mitad del cuerpo.

—¡Pues acóclate, hombre, acóclate!, le contestó Mortales.

Armadura impenetrable

Estaba la Anita bañando los recién nacidos de la Clínica y al vestir a uno de ellos le dice la abuela:

—¡Hija, Ponle la camisa del revés!

—¡Anda! ¿cómo quiere usted que le ponga del revés la camisa?

—¡Toma, pues para que no le aojen!

Chispazo

Estaba tocando la estudiantina en una puerta y se hizo un corro de gente. Isidro el Cabrero, cobrador del Banco, hacía de director y mientras tocaba se movía y miraba en todas direcciones y al ver a uno, se encara con él y le dice:

—¡Mañana vences!

Y siguió tocando.

Donde las dan las toman

Se llevaron la perra de Jesús Esperón; le decían la Coral

Arturo, Laurentino y compañeros mártires le pintaron unas gafas y se la devolvieron con un cartel colgado al cuello, que decía: “Por no ver las liebres la Coral, te la devuelve esta sociedad”. Le dieron dos palos y la mandaron al pueblo.

Emilio, Manuel el del Nido, el Viejo y otros del grupo se sorprendieron al verla llegar y se dijeron:

—¿Qué trae la perra?

Jesús llegó a su casa con la vista enrojecida de coraje y se puso de acuerdo con la Pepa para convidarlos a refrescar; les puso alcohol y agua de Carabaña y salieron todos con las orejas gachas.

EL CAPITAN



Puede que no sea ésta una fotografía de boda, pero podría serlo. Está hecha en Cuba y dedicada a la Tomasa y a Juan, sus hermanos.

Doña Lola es una real mujer, espléndida, pero no tan vigorosa como suele serlo la vegetación tropical. Tiene una delicada majestuosidad, finos rasgos fisiológicos y distinción en el ademán.

Don Manuel tiene aire de concertista, satisfecho de una actuación lucida: más que de etiqueta, despechugado, desmelenado, despatarrado, como necesitado de asegurarse en los pies.

El matrimonio vino a Alcázar y ella falleció antes del año de estar aquí, a los nueve meses. Y seguramente de alguna secuela infecciosa propia de su país, que tantas vidas costaban. La gente dijo que se había muerto de frío al cambio de clima y esa apreciación demuestra que ella sentía y se quejaba del frío, atribuido al ambiente, pero en realidad del que en su propia carne determinaban la fiebre amarilla, el vómito negro o las tercianas. Hay que figurarse los comentarios que, en aquellos tiempos de miseria nuestra, determinarían la presencia de una mujer de este aire, nacida y criada en una naturaleza de la máxima esplendidez; la sorpresa de la gente al ver lo que traía el pastorcillo, que se fue de quinto, poco menos que la que se produjo en el mundo entero cuando volvió Colón, con sus primeros presentes de allá y la sorpresa de ella, porque esa sorpresa pudiera producirse. ¡Pobrecilla! no le dio tiempo a aclimatarse. El frío pícaro le dejó helada la sangre antes de que en la curiosa admiración alcazareña se produjera el calor que la hubiera vivificado y hecho nuestra como a tantos más. Fue una lástima para todos, porque esos intercambios hacen mucho bien general y D.^a Lola tiene traza de haber podido ser una de las grandes mujeres alcazareñas y no de las menos ejemplares.

TAL vez no se pueda decir de él que fue un Capitán grande, porque era más bien menudo y recalcaillo, como todos los zagalotes de su tiempo dedicados al pastoreo, cuando Canene y Toca encarnaban la dura y suprema autoridad de mayores de las casas grandes y tenían encogido al personal. El Canijete debió de pasarlas estrechas, por lo que se vió después que le sucedió a Camilo el Porrero con aquel mayoral, ya en las postrimerías de su vida.

Pero como ningún esfuerzo se pierde, Manuelillo halló luego ventaja en su conocimiento del campo y de la rusticidad pastoril y pudo sentirse amo del terreno que pisaba en la Manigua cubana y considerar, como el Cid, que el campo se iba ensanchando delante de su caballo. Y precisamente su estatura acrecentaría sus ímpetus, incluso ante sí mismo, como se olfatea en los retratos.

D. Manuel Díaz Negrillo, nació en Alcázar el 25 de Junio de 1847, hijo de Inocente Díaz Rubio y de Gregoria Negrillo Peñuela, hermano, por lo tanto, de la madre de los Calvillo y de la de Eduardo el Sacristán y todos ellos de la familia de las Canijas. Su niñez fue bastante ajetreada, y a los 10 años lo pusieron de pastor. Estuvo en el ganado hasta que entró en la quinta.

Entonces, el separarse de la familia era motivo de duelo por la inseguridad de volver a



Este es el gran retrato de Manuelillo cuando todavía no era pastor, porque está hecho en Cádiz por el año 1878.

Internado en espesa manigua, como hacía también el pastorcillo, la espada en la mano y el bergo hacia atrás para otorgar su complacencia en destacar de los son habituales e invariables que puedan entrañar.

No se puede olvidar al pastorcillo en la calle del Salitre, ni a los que andaban rondando en la cocina, al cabo de las aventuras de sus campañas pastorales. Ponderativo y deslumbrante después de la batida, es el retrato de Negrillo que, al final, fue el retrato de un sacerdote actual D. Manuel Díaz Negrillo, está plasmado aquí, en memoria suya, para que todos los que nos, como era, de seguro,

N NEGRILLO

verse y pocos se alejaban voluntariamente, pero nuestros hombres, tan buenos y tan serviciales, por lo hechos al cumplimiento del deber, se hacían querer donde llegaban y esta es la razón de que varios alcazareños se quedaran en el servicio de las armas e hicieran carrera, aleccionados y retenidos por los jefes que tuvieron, como ya se ha referido de otros en el curso de esta obra, aunque algunos como José El Esquilaor, resistieron todas las tentaciones y se volvieron a seguir la dura brega con nuestro suelo, áspero pero entrañable.



del Capitán Negrillo, según lo era, cuando era Alférez Cienfuegos-Cuba, por el fotógrafo, 4, cuando estuvo allí

nanigua. Montado en caballo, siempre el General Weira, floja la brida y el chambrón en el horizonte, se percibe que el riesgo y la intrepidez indiferentes los peligros que

contemplanlo, al zagalote de los veteranos de la guerra, nabo de los años, las hazañas y ñas moceriles. Y ese espíritu nte, como el de los cazadores el que rebrilla en la mirada estejaba a su sobrino, el venen Manuel Ortega Díaz, y le po del ideal por el que él luchó te era lo que sentía el Capido en el retrato y perpetuado ara recuerdo entre sus paisa su más íntimo deseo.

El 25 de Mayo ingresó como quinto en la Caja de Ciudad Real, donde estuvo un mes hasta que fue alta en el Batallón de de Cazadores de Talavera núm. 4, en Barcelona, y estuvo de operaciones por aquellos campos y los de Valencia hasta el año 70, que le nombraron por elección cabo segundo.

Destinado el Batallón a Granada, prestó allí juramento, al Rey Amadeo y fue nombrado cabo primero, por antigüedad, destinándose su Batallón al Ejército expedicionario de la Isla de Cuba, embarcando en Cádiz en el vapor Marsella el día 18 de Diciembre con rumbo al puerto de Nuevitas, donde desembarcó el 9 de Enero y el 11 pasó a Puerto Príncipe, dando principio a las operaciones de campaña y encontrándose con el enemigo los días 20 y 24 de Febrero, a las órdenes del Brigadier Acosta.



He aquí a nuestro hombre, tan currete como arriscado, con uniforme de Teniente de Infantería, del Regimiento de Zaragoza, que le correspondía el núm. 12, que es el que D. Manuel lleva en el cuello de la guerrera. La teresiana encasquetada, bigote y mosca y esa tiesura, tan característica de los chiquitillos, que les da aire de reclutas perpetuos al mando de Crespo.

El retrato está hecho ya en Madrid, por J. Carrascosa, en la Concepción Jerónima, 3; que ponía al pie del membrete: "También se trabaja los días festivos". Rarezas y antiguallas de aquellos hombres y de aquellos tiempos. Y de algunos de hoy.

Se sucedieron las operaciones durante todo el año y en Enero siguiente, en el destacamento de Limones, se hallaba cuidando de las acémilas que pastaban, —¡cuánto se acordaría de su pastoreo alcaceño entonces!— y a las ocho de la mañana fue atacado por fuerzas numerosas que lo envolvían y tuvo la decisión de ordenar la defensa con ocho individuos que le acompañaban y logró en retirada incorporarse al Destacamento con todo el ganado que estaba a su cargo, permaneciendo en el fuerte hasta mediados de Febrero, que disolvieron el Destacamento y se incorporó a su Batallón en Pto. Príncipe, continuando las

operaciones todo el año y ascendiendo a sargento segundo por méritos de campaña. Siguió en la Trocha y al producirse la amalgama de los ejércitos expedicionario y permanente fue nombrado sargento primero de Infantería.

Todo el año siguiente, -el 75,- estuvo de operaciones y por su comportamiento le fue concedida la Cruz Roja del Mérito Militar. Ese año y el siguiente tuvo su más brillante y arriesgada actuación, siendo confirmado en sus grados y cargos, declarado Benemérito de la Patria y ascendido al empleo de Alférez. Pasó al Batallón de Cazadores de La Unión y siguió de operaciones en Bayamo y Manzanillo tres años, fue abanderado, y en Junio del 78 embarcó en Manzanillo con rumbo para Cienfuegos, quedándose en esa plaza con su Batallón. Le fue concedido el grado de Teniente de Infantería como recompensa a los servicios prestados y el uso de la Medalla de la Campaña de Cuba con distintivo rojo y cinco pasadores.

Al año siguiente, el 80, le concedieron la Cruz Roja de primera clase del Mérito Militar y al otro lo destinaron a continuar sus servicios en la península, causando baja en el Ejército de la Isla de Cuba y pasó a La Habana, donde embarcó para Santander y quedó de reemplazo con residencia en Alcázar de San Juan, pasando unos años en comisiones de servicio interior, con distintas residencias.

En los años de vigor y euforia se unió al "hada Madrina", D.^a Dolores Ledevilla Janssegui, que falleció el 6 de Marzo de 1882 y D. Manuel se casó el 19 de Junio del año 83 con D.^a Julia Sáiz Calderón, hermana de los Alfredos, ascendiendo después del año 86 a Teniente de Infantería por antigüedad.

En Mayo de 1893, ascendió a Capitán de Infantería por antigüedad.

En Octubre de 1893 le correspondió por sorteo formar parte del Batallón expedicionario de Cuba y el 22 de Noviembre embarcó en Cádiz en el *Patricio Satrústegui* con rumbo a la citada Isla y desembarcó el 7 de Diciembre en Caibarien, provincia de Santa Clara, trasladándose por ferrocarril a Sagua la Grande, para salir el mismo día de operaciones, que duraron hasta la pérdida de las Colonias el año 1898.

La segunda campaña de D. Manuel fue muy agitada y arriesgada y la época más insegura de la Isla hermosa del ardiente sol.

No hubo día que no entrara en fuego o sufriera emboscadas, siempre al encuentro o al tropiezo de los cabecillas y sus partidas, favorecidos por los accidentes del terreno, la espesa manigua y los cañaverales.

No escasearon los ataques a la bayoneta, ni el hallazgo de cadáveres, mulas, armas y enseres, después de las refriegas, en los campos de Santa Clara, que le valieron la Cruz del Mérito Militar de primera clase con distintivo rojo, pensionada, por el distinguido comportamiento observado en el hecho de armas verificado contra los insurrectos en terrenos de Lomas, sin nombre, y Callejón del Lobo, en pleno Agosto, y en Noviembre asistió a la de Loma Bonita y en Diciembre a la de Maguaraya, y en Enero le fue concedida la Cruz de primera clase del Mérito Militar con distintivo rojo, pensionada con la semidiferencia del sueldo, por los méritos contraídos en la acción de la Nieves, siguiendo, después, en múltiples operaciones que culminaron en la Loma Bonita, por la que le concedieron la Cruz de primera clase de la

Orden de María Cristina al final del año 97, y todavía siguió en el campo durante el 98, encontrándose con el enemigo frecuentemente; en Coloma Margarita, con un pequeño grupo que dispersó cogiéndole un caballo; en Carboneras y Montes de Banero, con una partida de unos 30 hombres, haciéndoles huir desordenadamente y ocupándoles 12 hamacas, ropas, viandas y enseres, escrituras antiguas, un caballo y un machete. Después de unos días, destruyeron un campamento en Charco Hondo, cogiendo viandas, ropas y una máquina de coser. Se persiguió a un grupo de 4 hombres, causándoles un muerto que, identificado, resultó ser el cabecilla Florentino Benavides, con canana y machete, costándoles un caballo. Fue felicitado por su comportamiento y buen deseo y siguió operando, sorprendiendo un campamento en Loma de la Bava, destruyéndolo y tomando al enemigo dos bueyes y tres caballos. Cuatro días después, sostuvo fuego en la conducción de un convoy de raciones a Vega Almas, y dos días después, en reconocimiento por Ojo de Agua y Río Abajo, tuvo fuego con una pareja, matando a un asiático llamado Rus, ocupándole el caballo que montaba. Tres días más tarde destruye otro campamento en la finca Portal y Mogote y a los seis días batió un grupo cogiéndoles dos caballos y un machete. Otros días después, en Arroyo Connao asistió con la Compañía a un fuego, haciendo al enemigo dos muertos, uno de ellos el cabecilla Rivadeira y tomándoles dos caballos y un machete, y varias acciones similares en los pocos días que tardó en ser destinado a La Habana, quedando con

su Compañía practicando servicio de vigilancia en la costa, en la Playa de Marianao, terminando su campaña con el nombramiento de Capitán cajero, querido y elogiado por sus jefes.

Volvió a la Península un poco antes de perderse las Colonias y vivió aquí con D.^a Julia, su segunda esposa, que con los contrastes habituales en los cortos de talla, también le excedía en todos sentidos, y, más que en nada, en prestancia.

Falleció el 29 de Octubre de 1901

Tuvo un hermano, Saturnino, compañero suyo en la primera ocupación, pero este no se apartó de ella hasta el fin.

La gente, que gusta siempre de desmenuzarlo todo, decía que los dineros de D. Manuel habían mediado en la Fábrica de Harinas. La realidad es que la hicieron entre todos los de la familia Sáiz, si bien era natural que lo heredaran, pero él vivió de su pensión y alejado de toda clase de empresas hasta el día de su fallecimiento.

Había vivido y murió en la casa de Montegui, modesto comerciante de la calle San Andrés, que andaba mal de fondos y vendió la casa al Sr. Bonifacio Cano Ortiz, que la hizo nueva, como está hoy, cuando se fue a ella Isidro Gómez Cano, su sobrino y que después pasó a su dueño actual D. Juan Nieto. La venta de la casa no remedió a Montegui y recuerdo de ver la liquidación de los restos de su tienda, con cosas de ferretería, en las habitaciones de la casa de Ortiz, de la calle de los Muertos, porque sin duda, Ricardo había apuntalado a Montegui, aunque inutilmente. En esta casa nació Manolo Sáiz.



Brocha

Helo aquí, en el día de su boda, poco después de haber dejado las mulas, hecho ya un señorito y técnico en el manejo del Morse, circunstancias todas que lo colocaron un poco en entredicho en la calle de Toledo y que unidas a su fealdad engendraron la oposición familiar de la novia para su matrimonio, pero a la vista está que ni a Reyes ni a la Mariana les iba arredrar eso.

El era hijo de aquella mujer cuya fama de bragada no ha conseguido amortiguar el tiempo, conocida por la tía Renga, —Dolores Casero— una

mujer de una vez, alta, varonil, dominadora, que hizo buen caudal, de la clase de mujeres de carácter del lugar que levantaron su casa y la sostuvieron con energía. Se casó tres veces. La segunda con Juan Antonio Romero y de ese matrimonio le quedaron tres hijos, Reyes, Vicente y Federico. Este último fue conductor, abuelo de Emilio Romero, el escritor actual.

Al principio todos estuvieron dedicados a la labranza y Reyes no la olvidó nunca, pero D. Felipe Arroyo sugirió a la hermana Dolores la idea de que Reyes estudiara algo y ella, con su habitual desenvoltura, le buscó un gañán en el acto y cuando llegó Reyes con las mulas le dijo que se las entregará al otro y que se arreglara para ir a casa de D. Felipe. Reyes, que ya era novio, le dió a la cabeza, sintió el ridículo y su madre lo convenció con un pescozón, siendo ese el origen de toda una generación de telegrafistas, en la que el menos telegrafista fue el fundador, porque su espíritu no era de funcionario, sino de iniciador, de alentador, de creador y por eso hizo a los demás e influyó generosamente en que otros mejoraran su posición y cambiaran sus actividades.

Su mujer, la primera mujer, la que está en el retrato, porque Reyes también fue reincidente, era la chica de Marcos el Cantero, —Mariana Sánchez-Mateos Vaquero— hermana de Bernardo el Cartero y de Juan de Dios el de la taberna.

Ya se ve en el retrato que no tiene tanto bigote como indica el apodo. Lo que pasa es que entre la gente del campo se le tenía asco al bigote y con poco se justificaría el decir:

—¡Anda y quitate esa brocha!

Después, si tuvo más bigote, pero nunca exagerado para lo que se veía en su tiempo de barbas corridas. Fue el dejarse el bigote en un barrio de rasurados lo que le valió el apodo que él se echó a la espalda como tantas otras cosas.

La Mariana con su basquiña, su mantón de manila y su peinado de rodete, como mi madre, que ya suponía un modernismo en relación con el moño de picaporte que todavía entonces era habitual.

El ir a retratarse a Madrid, cuando no viajaba casi nadie, fue un alarde de Reyes para que vieran lo que era canela.

Los dos nacieron y vivieron en la calle Toledo, frente a mi casa, y allí murió la Mariana, muy joven y como era corriente, de complicación pulmoníaca en un parto infectado, dejando a Reyes con tres hijos, como le pasó a la hermana Dolores, llamándose el de enmedio Vicente, como el de la Renga y muriendo también muy joven el segundo Vicente, como le pasó al primero. Los tres de la Mariana iban a la escuela de D. Cesáreo desde la calle Toledo y aún los recuerdo con los barberillos negros por el luto de la madre.

Reyes no se apartó de los Canteros y contrajo nuevas nupcias con la Ramona de Tejero, en cuya compañía alcanzó la madurez y dió los mejores frutos de su existencia, convirtiéndose en la figura eminente del barrio del Toledo.

Siendo ya Jefe de Telégrafos, tanto en Alcázar como en Albacete, reverdecieron en él, con gran pujanza, sus inclinaciones campesinas, que eran las verdaderas y montó una labranza cuyo tejemaneje llevaba personalmente con preferencia a la oficina para la que no había nacido y que encomendaba a otros como el padre de Carpintero para irse a comer con los gañanes y destripar terrones a patadas o quitar hierbas o dar vueltas con las yuntas para demostrar a los gañanes cómo quería que se araran las viñas, según tenía aprendido desde chico.

Al calor de su prosperidad agrícola y de sus relaciones con gente de viso, se despertaron en él plausibles inclinaciones emprendedoras y se metió en toda clase de negocios, teniendo en Alcázar la fábrica de la luz y hasta el teatro una vez, cosas que llevaba al paso de su carrera y de una vida de broma y buen humor deliciosa de ver, en cuadrilla con los más traviosos alcazareños de su tiempo

La figura y la vida de Reyes Romero Casero, encierra una buena enseñanza.

La ascendencia campesina prevaleció en él hasta el fin.

De no mediar D. Felipe y darle la derivación telegráfica, Reyes hubiera sido como sus hermanos de madre, otro Perico Rengue. Y de no existir él, su hermano Federico no hubiera sido conductor, ni el Angel telegrafista.

La instrucción lograda por Reyes le hizo un labrador más competente, le abrió los ojos, haciéndole ver más claros y más fáciles toda clase de problemas y le despertó la ambición que ennoblece al hombre, pero en realidad nunca dejó de ser gañán y de vivir pendiente de la obligación, de día y de noche, como los buenos mayores y hasta última hora se levantaba varias veces por la noche a apuntar todo lo que tenía que hacer al día siguiente y a echarle un pienso a la yegua, y en cuanto amanecía, ya estaba en el corral con los gañanes, los pantalones colgando y desabrochados.

Un detalle de lo que le tiraba la tierra, es que siendo Jefe de Telégrafos en Albacete, metió en un coche de primera del expés los aparejos de una yunta con cabezadas y colleras y una sera de cal que había comprado en la feria, porque no atrancaba en nada, dice Victoriano, y ese no atrancar, tan alcazareño, tal vez restara calidad a su desenvolvimiento, pero al hombre extraordinario no se le puede juzgar con el mismo criterio que al vulgar y Reyes tuvo desde chico las condiciones que le vió D. Felipe Arroyo y otras muchas que su nueva posición le fue desarrollando y el ambiente alcazareño le infiltró, pues incluso el desenfado de que hizo gala más de una vez, tan difundido en la Villa, no desmereció de los más notables ejemplos de desparpajo de nuestros hombres a la hora de la broma y la bullanga de buena ley.

Opiniones

El observador, que a las veces es actor y desea acertar en sus apreciaciones, se halla con frecuencia confuso e indeciso para interpretar las reacciones que pueda engendrar.

Alcázar es un lugar difícil para esa apreciación.

De ordinario parece que las cosas resbalan por su superficie como si no hubieran producido la menor huella, cuando en realidad la producen honda y a cada quisque se le clavan de alguna manera, pero hace falta una sensibilidad especial para apreciarlas, dada su inalterabilidad y su silencio absolutos.

Siempre la opinión de casa es la más severa y al llegar a lo íntimo rigurosa e injusta, recelosa y suspicaz, no se sabe si porque quiere lo mejor o por que toca en el fondo con la insana pasión, pues, como en todo, se confunde lo fisiológico con lo patológico y las tierras "que gozan de calar" se infiltran insensiblemente de la humedad que desciende de los alrededores o simplemente de las mareas más imperceptibles.

La gente del lugar que no vive en él y que percibe a distancia los latidos de la tierra propia no puede contenerse tanto y lo manifiesta con espontaneidad y con ilusión.

En los extraños prende el sentimiento con más facilidad, incluso en la gente de letras, tan susceptible, se produce el entusiasmo y hasta la exaltación por la obra desinteresada, tersa y limpia, exenta de angulaciones hirientes, hija del espontáneo sentir.

Cualidades son estas tan inherentes a nuestra personalidad que, como dicen en el Porcarizo con seguridad y agudeza, no nos las podemos raer. Por eso y por si alguna razón insuperable, impidiera hacer el trabajo de síntesis a que estos apuntes deben dar lugar, conviene dejar en ellos algunas de las opiniones espontáneas y casuales que motivaron, sin buscarlas, según manda el carácter alcazareño. Y esto tanto para el conocimiento del ambiente que rodeó su publicación como para que sirva de ayuda al posible continuador.

Es un deber y un honor poner al frente de estas opiniones las del glorioso maestro AZORIN que le dedicó al fascículo XI el siguiente artículo en el ABC del día 11 de Enero de 1962

“ALCAZAR DE SAN JUAN

En Alcázar de San Juan hay una importante estación ferroviaria; un camino de hierro que sale de Madrid, bifurca en Alcázar de San Juan; un ramal va a Levante y otro a Andalucía. El tráfico domina en Alcázar de San Juan. Sin embargo, Alcázar de San Juan produce una impresión de sosiego, una impresión sedante; es como un remanso de paz, un remanso al margen del trafagar precipitado. En Alcázar de San Juan vive Rafael Mazuecos. Y Rafael Mazuecos —culto, científico— publica una serie de fascículos titulada “Hombres, Lugares y Cosas de La Mancha”. En el fascículo XI nos hace ver quince, veinte, treinta calles de Alcázar de San Juan, con sus respectivas fotografías. Comenta con sencillez el autor; conoce a los principales vecinos que han vivido o viven en esas calles. No son las casas de las fastuosas; son sencillas, generalmente de dos pisos, planta baja y un alto, a veces con desván. No abundan los balcones; están trepadas por ventanitas y ventanillos. Nos embarga, al contemplar todas estas calles, una sensación de silencio. Tanto plano blanco nos lleva a la pintura cubista. En Alcázar de San Juan se trabaja; dan materia al trabajo el hierro, la madera, la tierra. Por estas calles blancas no transitan —en las fotografías— multitudes. Una calle es recta, larga; otra se quiebra en un recodo; la que vemos después nos muestra un saliente esquinazo; quisiéramos avanzar por esta otra y no podemos; no tiene salida; el fondo está cerrado por los muros de una iglesia; aquí es donde los monaguillos, despojados de sus vestes, gritan y trincan un momento. En la puerta de esta otra casa, que es un estanco, está el estanquero, un ciego, un hombre que a los dos años se quedó sin vista y que ha gobernado su estanco, sin necesidad de nadie, tantos y tantos años. Da al campo esta larga calle; en ella, en tiempos, cuando Rafael Mazuecos era niño, vivía una anciana que se levantaba con el alba y que vendía aguardiente al copeo, allende de dar una vuelta por las cercanías, empuñando un trabuco. Notable es en estos anales “la verda-

dera historia de Ricardo Valle, el nieto de Cahavicos”. Aquí, en este esquinazo, está la escuela que regenta D. Cesáreo. D. Magdalena, el médico, va ahora por la calle de Toledo; cuando se quiere ponderar la diligencia y prontitud de alguien se dice que “antes de amanecer ya está en la punta de la interminable calle”. Todo estaba en las casas de los enfermos dispuesto de buena mañana para recibirle: “el suelo barrido, las camas hechas y la del enfermo estirada”. Aquí están unos chicos que miran por la rendija de una lona; se ha levantado un circo y esos muchachos atisban a una equilibrista que camina por el alambre. No nos entretengamos; lo que vamos a decir ahora requiere urgencia. Una enorme fachada alba, nítida, nos llama. La puerta de esta casa se halla cerrada; arriba, junto al tejado, se ven dos ventanitas minúsculas. Nada más en toda la fachada. Y meditamos: ¿Que es lo que dentro de la casa corresponde a esas ventanitas? ¿Que podrá haber en unos vastos ámbitos perpetuamente penumbrosos? ¿Para qué esas vastedades ciegas? ¿Acaso para depositar mieses, frutas? Y esto de mieses viene a cuento de lo que podemos ver en la casa de al lado. Esa casa es la de Eugenio. La casa de Eugenio es limpia, bonita. Estando Eugenio en su casa, no puede estar la puerta cerrada. Eugenio la quiere abierta para comunicar con el mundo, con las gentes. Vive solo, es decir, vivía. “Vivió siempre solo —dice el autor—, repartiendo el tiempo en meditaciones y en cavar el huerto”. El autor continúa: “Recio y fuerte, saludable, muy despejado, dado a la lectura, inalterable, tenía el aire de los filósofos estoicos, con sus pantalones de pana, de mandil, sus alpargatas grandes, la blusa azul y el gorro manchego para cubrir su brillante calva; sobresaliéndole dos mechones de canas. Sentado en un serijo junto al fuego, haciendo sogueo, mientras cocía el puchero, y repasando imaginativamente el mapa del mundo que tenía enfrente, se parecía a Diógenes en su tonel”. Al amanecer Eugenio se asoma a una ventana para ver que tiempo hace; pero a él no

le importa el tiempo. Que haga el tiempo lo que quiera. En la siega, Eugenio siega; no trilla cuando todos trillan; guarda su mies en la cámara; queda con esto explicado el enigma de las cámaras enunciado anteriormente. Y cuando todos van a vendimiar, Eugenio saca la mies a la era. Todos dicen entonces: "Vamos a vendimiar; no lloverá; Eugenio ha sacado su mies".

Alcázar de San Juan, remanso de paz y trabajo. Alcázar de San Juan: iniciación. El

hecho más estupendo —dice el autor— ocurrido en Alcázar de San Juan ha sido este: cuando apareció el primer camión automóvil, una vecina pasmada, gritaba: "¡Chicas, venir, venir a ver un vagón que se ha escapado de la estación!". Y era verdad; todos los días se escapan vagones de la estación. Esos vagones son un hecho innegable en la vida moderna. Esos vagones completan los sindicatos y las cooperativas.

AZORIN"

Con este motivo conoció el maestro todos los que iban publicados y en una de sus lacónicas cartas emitió el siguiente juicio:

"Madrid 22 de Enero de 1963—Sr. D. Rafael Mazuecos. Mi querido amigo: Mil gracias. El conjunto de sus fascículos es precioso. Ha hecho usted una obra muy digna de ser estudiada por sociólogos y etnógrafos. Toda una ciudad, una gran ciudad, vive, alienta y palpita en esas páginas. Al par que científica es una obra finamente literaria. Con toda cordialidad le saludo. AZORIN."

Al recibir el fascículo XII en el que se trató de corresponder a su gentileza con un trabajo de aquí, mandó la carta siguiente

"Madrid 18 de Julio de 1963—Mi querido amigo Rafael Mazuecos: Muchas gracias; es precioso el fascículo XII, acaso el más interesante de todos. No falta en él ni uno o varios maquinistas, -su falta sería imperdonable en Alcázar-, ni una bella alicantina. El estudio que usted me dedica es sencillamente magistral. Hay gran diferencia entre hablar de La Mancha conociendo La Mancha, como usted la conoce, y hablar apoyado en libros, de un modo árido y libresco. Generalmente hoy los escritores prescinden del campo; nada puede en literatura sustituir a la vida de pueblo y a la vida campestre. La obra que usted realiza tendrá siempre valor porque usted conoce y siente lo que expresa. Es un documento único el que usted ofrece a sus coetáneos y lega a la posteridad. Gracias muy expresivas y un cordialísimo abrazo. AZORIN".

A ese mismo fascículo XI dedicó también el siguiente comentario el brillantísimo escritor D. Manuel Prados López, director de la gran revista FERROVIARIOS y autor de muy calificadas obras literarias.

“Este gran cronista, tenaz y agudo, de su tierra amada, seguro de la eficacia de su labor erudita y sentimental —don Rafael Mazuecos—, acaba de publicar el undécimo fascículo de «Hombres, lugares y cosas de La Mancha», auténtica obra de buena historia de Alcázar, cuyos temas esenciales brotan de la pluma enamorada y nostálgica con un vivo interés para todos y para siempre.

Ahora don Rafael, con fina ironía y no disimulada intención de captar para sus apuntes voluntades celosas de la forma literaria, ha recurrido al sutil artificio de «las vistas de la feria» para dar noticia de ésta y paso a su bello anecdotario callejero.

Dos son las fuentes conocidas y preconizadas de información para los cronistas oficiales de España: la relación de estirpes y el estudio de las calles y rincones urbanos. Mazuecos lo apunta ya en el título de sus fascículos: hombres, lugares y cosas le interesan en síntesis al narrador. Las historias de familias merecieron siempre la preferencia de un cronista oficial ilustrísimo: Mourlane Michelena. El callejero, como itinerario sugeridor, me recuerda obras de amenidad y gracia extraordinarias; entre ellas una de Bejarano Robles, editada hace años por la

Real Academia de San Telmo, y que recoge matices curiosísimos del desarrollo de Málaga, la capital de la Costa del Sol.

El autor del undécimo fascículo manchego que comentamos es maestro en el arte de desvelar hábitos y tradiciones. La serie de calles alcazareñas recorridas al amor del recuerdo es un sumario de noticias, glosas, advertencias y consejos. El elogio brota del sentimiento; la experiencia, del íncola bien informado.

De las esquinas surgen los personajes con una espontaneidad demostrativa. Las calles no son nada sin los hombres y las mujeres. Los patios tampoco. La gente es la que da sugestión a los lugares. Mazuecos lo sabe y juega con los elementos que su ciudad le ofrece en perspectivas inolvidables para extraer del sitio la anécdota oportuna, el comentario aleccionador.

Acepte don Rafael la enhorabuena cordialísima que merece por su misión divulgadora de los méritos y originalidades de Alcázar, centro ferroviario de todas nuestras simpatías.

Publicado en FERROVIARIOS - Diciembre de 1961”.

Del mismo Prados López es también esta otra apreciación publicada en la GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA del mes de Noviembre de 1954.

“Fascículos de La Mancha.-Impulso periodístico misional

Uno de los primeros síntomas de la eficacia moral del hombre es la fidelidad a la tierra en que ha nacido. Si se es fiel en eso tan fácil y grato al corazón humano, se podrá aspirar a fidelidades más difíciles que hasta exigen luchas heroicas contra pasiones bastante poderosas.

El periodista que, como informador y orientador, tiene que ser hombre fiel en lo poco y en lo mucho, ha de amar la tierra natalicia con un amor de conocimiento, de comprensión, de celo y de espontaneidad, con ánimo de servicio y diligencia, con voluntad de progreso, con respeto al pasado, con seguridad de esperanza. Sólo con sujeción a tales normas el periodista hace una aportación exacta y completa a la historia,

que no es la mejor cuando se escribe con rigor de erudito, sino cuando se ordena con datos recogidos sin otro apremio que el de la vocación narrativa, de la cual redunda la delicia profesional del buen redactor de periódicos.

En tal sentido, los cronistas oficiales no son sino periodistas historiadores en plenitud de conciencia informativa y de responsabilidad comentadora. Que tenga en cuenta todo lo dicho un periodista con carnet no es ninguna rareza, pero sí que no olvide las normas esenciales apuntadas quien no está obligado a servir al presente ni al futuro con la pluma en acción de servicio y sacrificio, siquiera sea éste —digámoslo una vez más— paliado por la misteriosa alegría

del quehacer apremiante del revistero, del crítico, del editorialista; en una palabra, del redactor en activo, especializado o no.

El caso típico del periodista espontáneo o, mejor dicho, del cronista auxiliar del periodismo militante, allí donde aún no funciona ningún órgano de prensa nacional es el del Dr. D. Rafael Mazuecos, que no sólo presta en Alcázar de San Juan servicios de excepcional importancia, que merecen crónica aparte, sino que edita también por su cuenta unos fascículos, en papel couché, con el título «Hombres, lugares y cosas de La Mancha», para distribuirlos, generosamente, a quienes convienen.

Don Rafael Mazuecos, médico de formación cristiana y vocación profesional entrañable, cuenta además con una cultura nada común, que le permite dar a dichos fascículos un interés y una amenidad de auténtico periódico. Más que erudición hay en los trabajos de D. Rafael Mazuecos una aportación personalísima de cronista robinsoniano. Así nos cuenta la historia y el proceso de evolución de las calles de Alcázar, las características de sus hijos ilustres, los orígenes de las artesanías vernáculas influyentes, los ejemplos, las fiestas de antaño, las reacciones históricas de los vecinos de la comarca, las anécdotas dignas de recuerdo, las evocaciones íntimas y colectivas, las devociones de ayer relacionadas con las de hoy, las curiosidades acerca de los productos de la

tierra, las aficiones, las glorias familiares, los intereses municipales, las necesidades de todos y cada uno de los alcazareños.

Tengo a la vista algunos de los fascículos del Dr. Mazuecos y pienso lo fácil que sería escribir la Historia de España si en todas las comarcas se publicasen cuadernos como éstos, editados con amor a la tierra, con sentido de responsabilidad, con un concepto exacto de la noticia y el comentario, con un desvelo periodístico, en fin. Aunque los periódicos de las ciudades y pueblos importantes dejan en las hemerotecas un fondo de archivo codiciable, en los pueblos como Alcázar de San Juan, donde hay motivos de información, pero no órganos informativos adecuados, publicaciones como las del Dr. Mazuecos son valiosísimos auxiliares de la Prensa nacional en la función histórica de ésta. «Hombres, lugares y cosas de La Mancha» no es una obra literaria propiamente dicha, no es una obra por capítulos tampoco: es una revista sin periodicidad, pero con permanencia informativa y ambición orientadora.

La objetividad de los artículos y reportajes de «Hombres, lugares y cosas de La Mancha» contribuye a la calidad periodística de la tarea que comentamos, digna también de cita elogiosa por la confección de los fascículos y su titulación, tan notable como el generoso propósito del Dr. Mazuecos.

MANUEL PRADOS LOPEZ"

Como el espíritu franco y efusivo de D. Manuel Prados López no ha dejado de saludar con alborozo en su revista la aparición de todos los fascículos, favoreciéndolos con sus finas observaciones y realizándolos con su estilo florido que proyecta destellos deslumbrantes sobre cuanto toca, se podría llenar mucho espacio con sus comentarios, pero solo se agregará a los precedentes uno del centro de la colección, el del fascículo VIII aparecido en número del mes de Marzo de 1957. Helo aquí:

"Llega a nuestras manos el Fascículo VIII de esta interesante serie publicatoria, que integra ya un considerable elemento histórico para una posible bibliografía alcazareña de riquísimos matices y valiosos datos humanos.

En calidad y cantidad el nuevo opúsculo prosigue sinceramente la labor ya comenzada en anteriores ocasiones, en esta misma sección. No falta el fervor literario en las páginas del Fascículo VIII. Tampoco se echa de menos la minuciosidad y el regusto con

que el autor trata los temas vernáculos como quien evoca las mejores jornadas familiares. Tipos y costumbres surgen, siempre con originalidad y gracia, a la vuelta de cualquier página. También hallamos en sitio de honor una crónica netamente ferroviaria: la evocación de los actos con que en 1923 fue solemnizada la inauguración del edificio de la Asociación en Alcázar. No es un recuerdo más, sino la reseña viva de un acontecimiento ferroviario que el doctor Mazuecos vincula con rigor de hombre culto y bien persuadido en la historia local vivida con

gozo y desvelo: con un amor infinito también que es orgullo, estímulo, responsabilidad, sentido de lo eterno, lo auténtico y lo puro.

Otra vez nuestra enhorabuena al autor de «Hombres, lugares y cosas de La Mancha», que no es ya sólo el feliz escritor que escribe por gusto, sino a la vez, el narrador de la propia vida y la propia geografía, que quiere cumplir un sabroso deber del alma con ritmo de sangre enamorada.

M. P. y L.”

El benemérito manchego, hijo ilustre de Argamasilla de Alba, D. Angel Dotor y Municio, prestigioso literato e historiador de larga y fructífera labor, conecedor profundo de nuestra región, le dedica a esta obra el siguiente comentario en el número 40 de la notable revista de la Asociación de Amigos de los Castillos que dirige de hecho.

“Hoy traemos también aquí la glosa de las publicaciones debidas al Dr. Mazuecos, merecedoras de ser reseñadas y elogiadas sin restricciones, por existir en ellas, a más de elementos específicamente concomitantes con la antigua arquitectura castrense, un conjunto meritísimo de evocaciones costumbristas, un acervo de datos folklóricos, auténticas estampas provincianas de un pasado que a tantos nos cautiva como genuina proyección de las esencias raciales que debemos conservar sin permitir sean vencidas, anuladas, por el foráneo snobismo, artificioso y gregario, adocenado y nivelador, que dijérase pretende absorber, invalidándola, nuestra personalidad como uno de los pueblos más originales del Globo, en el que si se cuentan defectos, hay muchas virtudes con motivada aspiración de eternidad.

Ni que decir tiene que el Dr. Mazuecos es un manchego y español en quien se manifiesta la más preclara estirpe espiritual de la raza, hombre cultísimo, cirujano eminente, vocado a todo lo que represente hacer el bien por los cauces serenos de la verdadera elevación de sus semejantes. Aunque su ejercicio profesional, jalonado de notables triunfos y beneméritos y filantrópicos ras-

gos, fuera ya bastante para ocupar toda su actividad, ha sentido, empero, la estimuladora llamada que le lleva a exaltar ese pasado de su ciudad y su tierra exhumando tantos recuerdos, para él fáciles dada su prodigiosa memoria, y otros testimonios al alcance de contados coterráneos resultado de lo cual son estos deliciosos cuadernos que con constante periodicidad nos viene brindando, cuyo número rebasa ya la docena. No sólo la vida popular, los acontecimientos en su día resonantes, los recios tipos paradigmáticos, la evolución urbana y el complejo costumbrista cotidiano de la ilustre ciudad de Alcázar de San Juan, verdadera capital geográfica de La Mancha —donde se mantiene viva la convicción de ser cuna de Cervantes, por como lo reza así un documento que muchos eruditos han tenido por apodíctico—, sino otras noticias y descripciones regionales interesantísimas son desentrañados y recogidos por Mazuecos en esa ya extensa serie de páginas impresas, donde se refleja la historia local a lo largo de casi dos siglos. Con estilo directo y expresivo, de suma objetividad en el perfil colorista, recopila y recrea datos y anécdotas, sucesos, proyectos forjados y

realizaciones conseguidas, todo ello merced a una verdadera suma de virtudes personales, entre las que la paciencia ilusionada alcanza grado increíble, así como un desinterés notorio, ya que su empresa le proporciona dispendios de consideración, si bien él se ve sobradamente compensado con el gozo de saber cumplir un deber íntimamente sentido y con la satisfacción de recibir algunos sinceros parabienes expresados por quienes admiran lo ejemplar de su caso, que llegan a considerarlo como verdaderamente quijotesco.

Ahora, cuando ya alcanza extenso cuerpo la labor histórico-literaria del Dr. Mazuecos, vemos con satisfacción cómo comienza a lograr también notoriedad y, lo que es más esencial, comprensión y reconocimiento. De ello da fe el hecho de que algunas plumas ilustres —entre ellas el maestro "Azorín"— la glosen en la Prensa con merecido encomio. Aunque tan frecuente es que se confirme la clásica sentencia *Nemo propheta est in patria sua*, en el caso del médico y

escritor manchego no podía por menos de brindarse consoladora excepción. Así vemos cómo el Ayuntamiento alcazareño, interpretando el sentir popular, instruye a la sazón el oportuno expediente para concederle la Medalla de la ciudad, iniciativa a la que apenas conocida, súmanse numerosas entidades, corporaciones y particulares —entre ellas valiosos escritores—, como expresión de solidaridad en reconocimiento de los elevados méritos que la motivan. Nuestra Asociación se adhiere a la misma, pues no en balde quiere estar siempre en contacto alentador con las poblaciones españolas, a las que en mayor número cada año organiza excursiones para conocer sus monumentos y costumbres, estimando en lo mucho que valen esos hombres que, al igual que el Dr. Mazuecos, saben impedir tesoneramente se olvide la esencia tradicional, uno de los fundamentos de permanencia de la gran Patria y su general Historia.

A. D."

Al terminarse el primer fascículo, con las indecisiones de toda iniciación, Arturo Castellanos le puso el precio de coste material y se puso a la venta.

El A B C del 19 de Agosto de 1951, publicó una nota informativa diciendo: "He aquí una publicación que despertará el interés de historiadores, costumbristas y amantes de las estampas viejas. Su título es "Hombres, lugares y cosas de La Mancha" y sus páginas están escritas por Rafael Mazuecos, erudito y cronista de la comarca inmortalizada por el primero de los genios españoles, Miguel de Cervantes. El fascículo que ahora aparece es el inicial de una obra a desarrollar y está dedicado a Alcázar de San Juan. Sus tradiciones, fiestas antiguas y modernas, recuerdos, personajes ilustres, evolución de la ciudad, características, rasgos peculiares, etc. se anotan puntualmente, ilustrados por fotografías y grabados de indiscutible interés, de modo que el trabajo constituye un documento de rara amenidad y nutrida información, que el lector sabrá apreciar en todas sus calidades".

La revista ASOCIACION, de la Asociación General de Ferroviarios, tan vinculada a Alcázar como todo lo del carril, dispensó la mejor acogida a esta obra desde el primer momento, sin haber dejado de celebrar la aparición de cada número con la mayor benevolencia.

Veamos dos ejemplos. Del fascículo II dijo, entre otras cosas: "al igual que su precedente, deleita por el interés del contenido, la amenidad de su distribución y la correcta y do-

nosa prosa con que se halla redactado, inapreciables cualidades que van acompañadas de una curiosa y sugestiva documentación fotográfica".

Al fascículo IV lo recibió diciendo: "ya anda por la calle vestido de fiesta grande por la donosura, evocación y rai-gambre de su contenido ameno, desde un día del glorioso Mayo, recién escabullido del calendario. Y Piédrola, ¡Vaya que no se sentirá orgullosa de lo que se dice de ella!".

El brillante escritor Fernández Pombo dedicó en YA el siguiente comentario a los fascículos XI y XII:

"Han aparecido los fascículos XI y XII de la original y meritoria publicación de D. Rafael Mazuecos "Hombres, lugares y cosas de La Mancha". Son dos interesantes, bien presentados y bien ilustrados folletos, que recogen la pequeña historia —que a veces es la verdadera— de Alcázar de San Juan a través de sus calles y plazas. Los hombres que hicieron esas calles, los que vivieron en ellas, los que por cualquier anécdota han

quedado unidos a su recuerdo, vuelven a tener vida gracias a la pluma sutil de este buen escritor alcazareño, que está dejando en esta colección un verdadero tesoro para sus paisanos. El intenso amor que hacia su tierra siente Mazuecos queda reflejado fielmente en estas páginas.

Anótese, a título de curiosidad, que en el cuaderno XII completa con todo lujo de detalles la historia de las acreditadas "Tortas de Alcázar".

Y al fascículo XIII le hizo otra reseña similar.

Dentro ya de nuestra comarca, el relevante escritor don Miguel García de Mora en el que no se sabe que admirar más si su actividad febril o el perfecto dominio de su arte, ha dedicado a estos fascículos los comentarios más laudatorios, esparciéndolos por la prensa nacional, tanto en el diario MADRID como en la revista SEMANA y otros de su asidua colaboración en España y América. Su generoso entusiasmo, que nunca le agradeceremos bastante, le ha hecho ponderarnos tanto, estimulado sin duda por su gran espíritu manchego, que francamente, nos sentimos cohibidos para reproducir sus múltiples comentarios como haríamos de buena gana, pero aún en la vejez conservamos el pueril rubor de la adolescencia y él, tan sencillo, se conformará con que aquí le hagamos presente, una vez más, nuestro aprecio y nuestro reconocimiento.

Y dentro de casa ya, ¿qué se ha de decir del Chico de Emilio, de Leandro Gómez y de toda la redacción del FERROCARRIL CATOLICO?

Cada cuaderno nos pone en el trance de no saber como agradecer la bondadosa generosidad de todos ellos al comentarlo y su hondo sentimiento como lectores y alcazareños.

De todas sus notas bibliográficas, a cual más afectuosas, daremos la que nos parece más objetiva para que quede constancia de sus apreciaciones.

"Este XI cuadernillo está consagrado casi por entero a glosar las calles y sus gentes "con sus modos, sus decires, sus fachas y

maneras". El brillante estilo literario y claridad de juicio del autor, buen escritor siempre, se pone a prueba cuando de la pobre

materialidad de las casas y calles nuestras, saca belleza, que ciertamente existe, pero porque él la da; no basta llevar los ojos abiertos, es preciso nos la meta por ellos, ese es su mejor acierto, su mejor logro.

Campean en su trabajo sus ideas de urbanismo con trasfondo de crítica constructiva, para el cordel del alarife. La Corredera es claro exponente de esto. Se goza con el vivo retrato de Estrella y la calle Toledo, con la alusión a D. Magdaleno con sus andanzas profesionales, madrugadoras, por esta calle; es un canto a sus sencillas y limpias gentes: "suelo barrido, las camas hechas y la del enfermo estirada". La interesante fisonomía que imprimen a las de La Luna y Nueva

los yeseros y ferroviarios. Pero la cosa sube de nivel cuando interpreta con notorio realismo, el más sugestivo, la fotografía de la Plaza, su ambiente en sus más sutiles matices, y con su peculiar ritmo narrativo dando vida a unos tipos que fueron, que produce humana emoción. Lo de la calle de Santa María es un poema. Realmente no obstante el paralelismo de nuestras calles se acusan sustanciales diferencias que no escapan al autor. ¿Cuánto nos descubre Mazuecos con su pequeña historia del lugar?

Lean, lean y aprenderán a conocer a Alcázar y el alma popular de sus gentes maravillosas".

Estas opiniones deberían completarse con otras de crítica adversa, ceñuda, e incluso con un montón numeroso, que existe y tenemos el deber de escudriñar algún día, de variada índole y espontánea franqueza, muy entrañable por el sello de intimidad que lo distingue, pero no es posible en un solo libro intentar semejante bosquejo y sintiéndolo mucho se deja para cuando se disponga de más espacio.

MINUTAS MEDICAS

Hemos visto dos que ofrecen el interés de pertenecer al tiempo que venimos considerando. En una le cobran a D. Juan López Ortiz la cantidad de dos mil pesetas por el embalsamamiento del cadáver de su esposa.

Está hecha de puño y letra de D. Magdaleno y la firman con él D. Enrique Fernández y D. Manuel Manzanque. El embalsamamiento se hizo el 22 de Octubre de 1899 y la cuenta se presentó el 20 de Noviembre del mismo año. Fue a cobrarla el Practicante que lo era Ruperto Caravaca y que declara al pie haber recibido la cantidad, por cierto con una firma muy historiada y letra clara, mucho más cursada de lo que podría suponerse. Lo escribe todo bien pero el apellido suyo lo escribe con be que no es corriente, ni lo usan los infinitos Caravacas de por aquí alrededor.

La otra minuta es nada menos que de D. Federico Oloriz, cobrándole a Ricardo cuatro mil pesetas por la operación y tratamiento de su dependiente Román Galán. Esta minuta lleva fecha del 21 de Mayo de 1902.

D. Federico fue uno de los mejores maestros de San Carlos, de los que más influyeron en las generaciones médicas que pasaron por su cátedra. Vivió consagrado a los estudios de anatomía y antropología en los que alcanzó fama internacional. Hombre de intensa vida intelectual y de gran austeridad, a lo Cajal, a lo San Martín, a lo Jaime Vera, a lo Giner y Cossío, no se piensa de él que tuviera trato con los enfermos. Esa pequeña sorpresa es la particularidad que ofrece esta minuta.

Más música de viento

Por verdadera casualidad llegó una prueba de imprenta con los sucedidos de este cuaderno a manos de una persona que sigue la publicación con gran cariño y al leer lo de D. Leandro y lo de Chichín, dice que en su pueblo, a pesar de ser el más pulido de la comarca, han ocurrido muchas cosas de esas y cuenta de uno que le decían "el Dios grande", que lanzaba unos zambombazos estrepitosos. Sus hijos lo miraban y él les decía:

—¡A ver si encontráis a ese que se ha escapado!

Los chicos se ponían a buscar y se encogían de hombros al no hallarlo. El volvía a la carga, soltando otro. A poco vociferaba que miraran detrás de la tinaja y por debajo de las sillas. Finalmente era que todos se iban por la chimenea pero con tal evidencia que los chicos llegaron a ver la sombra y se aterrorizaban y se refugiaban entre las piernas de su padre.

Otro de allí regresaba de paseo con la familia una noche de verano. Había unos novios muy entusiasmados y él para avisar su paso soltó un cuesco que sonó reseco en el silencio de la noche. En ese momento se apagaron las luces y se oyeron grandes carcajadas atribuyendo el apagón a la fuerza expansiva del fugitivo. El dijo que cuando los presos tienen puerta de escape salen empujándose y atropellando lo que encuentran.

En el mismo pueblo hubo otra apuesta como la de Chichín y Cárdenas y no sería sola.

Uno se apostó a echar cuarenta y medio.

¿Como puede ser eso?

¡Que no! ¡Que sí!

Empieza y dice:

—¡Cuenta!

Uno, dos, tres,.... 20.... 39..... 40 y entonces empieza una carretilla seguida, seguida y dice:

—Corta por "ande quieras".

Isídrada †

El Cojo de la Carne llevó una vez a Madrid a su tía Dámasa, mujer divertida que siempre iba con las castañetas en la faltriquera. Nunca había salido del pueblo ni usado los espejos. Para el viaje le encargó su hermano Domingo, al Zapatero Gordo, unas botas grandecicas, de treinta reales y le compró un mandil.

Una vez en la Corte, se sorprendió de lo deprisa que iba la gente y de que nadie diera los buenos días. Fueron al café, lugar inevitable entonces, cuyas paredes estaban guarnecidas de espejos. Se sentó sin acercarse a la mesa, a pesar de las indicaciones del camarero, porque la gente del lugar que ella veía en el espejo de enfrente, estaba sentada igual que ella. Sin quitar la vista del espejo, al irse, le daba con el codo a su hermana Gregoria, diciéndole: mira, mira; ya están de pie, y al ir hacia la puerta, en voz alta y dirigiéndose al camarero exclamó: «hermano del mandil blanco, ahí se queda el vedriao, que no nos llevamos ná».

LENGUAJE VERNÁCULO

Cayetano Borox, mi guardián, que es una de las personas buenas que quedan por el mundo, a carta cabal, buen gañán, conocedor de nuestro campo y de nuestro clima, me dice una mañana muy puesto en razón.

—Yo creí que iba a amanecer más tosco, pero se ha puesto enmarañado y no está mal.

Marcelo el del Orejón, hablando de unos parientes que cabeceaban, decía que el pequeño parecía más espeso, era más cubierto, porque el

Uno de los trabajos, aunque no el único, que tuvo en esta vida Aniceto Meco, el maestro de la calle de la Virgen, fue enseñar a Calalo a conocer las letras del abecedario, sobre todo la P y la CH; él decía la "pegue" y la "chende". Cuando da-

Antonio el de las tortas salía disparado cuando Ceferino o la Lorenza le mandaban a un recado. Nadie ha hecho los recados en menos tiempo que él.

Estaba repellando la casa del Tuerto, Ramón Cocina, el que estaba casado con la del Horrible, y tenía el cuevo rebotante

Se acercó Virgencita y al ver el chocolate claro, le dice:

—¿Qué, escasea el yeso?

Cayetano habla siempre como es debido, hecho al paso perezoso de la yunta a la que hay que hablarle de verdad por que no se la puede engañar, como a las personas, y su trato hace al hombre sincero, asídulo y natural, como la tierra que nos da el pan.

otro, tenía más agujeros que una criba. Es un modo enrevesado de decir con claridad, para entre nosotros, las flaquezas de nuestros coterráneos.

ba la lección, Aniceto le señalaba una de las dos letras y él se ponía en posición de salir disparado, echaba la pata atrás, encogía los codos y repetaba el cuerpo, diciendo:

—"A vida o a muerte", la "chende", y salía como una flecha.

Llegaba a la tienda y empezaba como una carretilla:

—Despáchame que tengo prisa, despáchame que tengo prisa y así sin parar hasta que lo despachaban para no oirlo, que era en el acto.

—Verás, respondió Ramón, arrojé un poco y salió duro, y le dije al yeso: ¿Que te crees que no tengo agua?...

Le eché agua y salió blando y entonces le dije al agua, ¿que te crees que no tengo yeso? Y así hasta que se ha vertido.

EL TABAQUILLO

Todos los fumadores saben, -y las mujeres, preocupadas de la seguridad del hogar y de todo lo que pueda quebrantar al hombre que debe ser su sostén mucho más- que no hay nada como el tabaco para quitar el apetito y minar la naturaleza, alterando sus canales de riego sanguíneo que son la garantía de su vitalidad.

Los que hemos fumado como carreteros y nos asombramos de haber cometido semejante absurdo, tenemos también una idea clara de esta cuestión, a la cual los médicos tienen que agregar su experiencia profesional.

En nuestro recuerdo figuran muchas personas obesas a las que no hubo medio de adelgazar, algunas de ellas tratadas por los clínicos más eminentes, como la Pantoja, dirigida por el maestro Marañón y que iba andando todos los días hasta la Cañamona, con cualquier tiempo.

Pues bien, es asombroso que lo que no consiguieron la competencia y persuasión de los clínicos más notables lo haya conseguido la moda con la mayor facilidad y sin ninguna alteración. Se puso de moda estar delgadas y las mujeres adelgazaron como por encanto.

Por snobismo también se dió la mujer a fumar y, joh manes de la taumaturgia!, halló que la dura prueba de dejar de comer teniendo apetito, se hacía mucho más soportable fumando algún cigarrillo al sentarse a la mesa, con lo que el apetito quedaba muy disminuído o anulado y no hay duda que esta observación ha contribuído mucho a que tal costumbre se generalice y veamos en los comedores de fumar a la mujer al sentarse a la mesa mucho más que a los hombres.

Fumar al sentarse a la mesa y durante la comida es poco agradable aún para los muy enciados, pero la mujer lo hace con preferencia en esos momentos porque está acostumbrada y es su inclinación a soportar por la moda los mayores sacrificios.

Es curioso lo que se ve a este respecto en los comedores distinguidos y cuanto más lujosos mucho más. Ningún hombre fuma, salvo que se vea presionado por la obsequiosidad de la mujer y en cambio ellas lo hacen todas y si están solas a más y mejor. El aire de frivolidad que toman con el cigarrillo en la mano, jugueteando y esparciendo volutas de humo a su alrededor, unido al deseo de frugalidad, hacen poco probable que la mujer abandone el tabaco mientras la moda conserve sus atributos actuales.

En los tiempos que rememoramos no fumaba ninguna mujer honesta, salvo las cubanas que lo hacían recatadamente. De la libertad con que lo hacían en "la Isla hermosa del ardiente sol" se hacía lenguas todo el mundo con el mayor asombro.

Esta nota, escrita sin ningún ánimo, como detalle comparativo de unos tiempos con otros, se que servirá de estímulo más que de freno a la posible lectora porque la verdad es que nadie está conforme con unas caderas opulentas ni con los colores subidos de una salubridad auténtica.

Estacionistas más allá de la Estación



En la fotografía están Miguel y Pepe Climent, valencianos arraigados en Alcázar, hijos del tío Miguel el Gorrinero, pupilos estables todos del aposento de la Gabina de Borrego y de Julián el Civil.

Estos tratantes de cerdos fueron extendiendo sus actividades a toda clase de negocios y tuvieron contratos de la Estación y un día de asueto voluntario de los estacionistas les prepararon una paella en su bodega de más allá de las barras, la bodega del Gorrino, donde se hizo la fotografía reproducida que merece conservarse por figurar en ella muchos alcazareños y otros que sin serlo de nacimiento, lo fueron de corazón y con Alcázar entrelazaron su existencia de por vida.

Todos están puestos a retratarse y pendientes del retratista. El que los

preside desde lo alto, el capataz de maniobras Eusebio Escribano, además de mirar se recoge la oreja con la mano para oír mejor lo que diga el retratista. Era Eusebio un gran capataz y, por serlo, considerado como de malas pulgas. Le decían el Seco, pero en realidad no lo era más que como D. Quijote, seco de carnes. El y el chico del perro son los únicos que se apartan de las filas. El chico era de Miguel, Miguelito Climent.

Todos los demás están en fila y son, de arriba abajo y de izquierda a derecha, los siguientes:

El primero José Jordá, factor alicantino como acredita su apellido, pese a su aire de chulillo madrileño, tal vez adquirido en los cafetines de nuestro Paseo. Conocedor de su oficio y amigo de la juerga, no estaba fallo a ningún palo y debió llevarse de aquí recuerdos imborrables, porque la vida de Alcázar, para los que podían llevarla como él, hace cuarenta años, era imposible de olvidar.

El segundo del sombrero negro a lo pastor es Enrique Delgado, también factor que vino de Manzanares y se casó aquí con la Paca de Manjavacas y era como su suegro, buena, buenísima persona, pero muy "célebre". Tan pronto iba desastrado como hecho un señor. Estaba en la Inspección y un día se presentó en la oficina muy de traje y zapatos nuevos de color y se pasó la mañana quejándose de los pies, sin poder apenas moverse, pero al salir del trabajo, ya en el Paseo, uno del

grupo se apercibió de lo que sucedía y dice:

—¡Pero hombre, Enrique, si llevas el de un pie en el otro, como no te van a hacer daño!

Y las risotadas se oyeron en la Plaza.

Estando en Manzanares y de soltero le pusieron sus hermanas una botella de vino para comer. Echó un trago y una de las hermanas comenzó a gritar y se acercó a él diciendo que lo había envenenado, que por coger la botella de vino había cogido la de lejía. Al oírlo Enrique cayó al suelo como muerto ya. Se armó el guirigai en la vecindad, fueron en busca de médicos y entonces viene otra hermana de la cocina con otra botella dando gracias a Dios porque esta segunda era la de la sosa. Entonces el bueno de Enrique se levanta del suelo diciendo:

—¡Buen susto me han dado estas puñeteras de mujeres!

El tercero de la fila es Feliciano Alvarez, excelente muchacho de una familia buenísima que tuvo numerosas desgracias.

El cuarto Pedro Ballesteros, factor, de aficiones periodísticas que tomó parte activa en los buenos tiempos de "Tierra Manchega".

Ricardo Godoy, también factor, secretario del Jefe.

Pepe Climent, uno de los dueños de la bodega y a continuación, en mangas de camisa, Francisco Rioja, escribiente del Depósito que fue concejal y amigo de la juerga. A su lado el barbas, Juan Caballero, sub jefe de Estación y por último, también en camisa, Manolito Flores, el revisor que antes fue conductor y

que tanto dió quehacer con el chico que se encontró en una cesta en la estación de Villarrobledo. Hombre teatral.

El primero de la segunda fila es un factor suplementario de entonces que se apellidaba Clemente.

El segundo es el tío Fausto el Capataz -Fausto Morales-, de excelentes cualidades para su cargo. Cuando gritaba desde clasificación,

—¡Ahí van cuatro a la cuarta y el de alante es vacío...!

Sus voces se oían en La Serna aunque estuvieran los caballos y las rifas haciendo ruido.

El tercero, con la chaqueta de pana de cuello marinero, corriente entonces entre el personal del carril, es el semaforista "Mango" -Angel Calcerrada-. Le sigue Amaro Sánchez, del servicio de trenes, pariente del que fue Jefe, Joaquín Gómez y a continuación Ignacio Alvarez Agudo, hermano del ya citado Feliciano y ambos hijos del Jefe jubilado D. Ignacio, de grata memoria. Le sigue Celestino Oñate, factor y Pepe Toribio, por entonces aquí y con igual cargo, pero con la responsabilidad de hecho de casi toda la Estación. El siguiente es Raimundo López, hoy cajero jubilado y Joaquín Escribano Alcolado, el "Currillo" que se casó con la Rafaela la Braulia, ambos de buen carácter y amigos de la broma. Escribano fue de aquellos ferroviarios que defendían la estación como cosa propia. Era subjefe y le decían el "Currillo" por su porte y desenvoltura. De una simpatía arrolladora, ocurrente y gracioso, era querido de todo el mundo y hasta los viajeros, que al

importunarle, los echaba del despacho con cajas destempladas, salían riéndose de las ocurrencias del Jefe de Estación.

Una vez se le presentó una señora llorando porque había perdido a su marido que se apeó para tomar un café en la Fonda y ella le buscó por los cuatro andenes sin encontrarlo.

—¿Cómo arreglaremos esto, señor Jefe? -decía la desconsolada esposa-

—Señora, le contestó Escribano, yo no puedo resolverle a usted la papeleta porque soy casado.

Estando de Jefe en Santa Cruz pasó el Rey para Sevilla un día de Noche Vieja, con la vigilancia de rigor.

En el despacho del Jefe estaban los empleados y un Capitán de la Guardia Civil templándose un poco para quitarse el frío, cuando se abre la puerta y entra una pareja conduciendo a un moro que se habían encontrado en una garita del 180 que acababa de estacionarse.

El capitán trató de interrogar al negro que era gigantesco y que por contestar en inglés nadie lo entendía, porque ya entonces, como en los anuncios del anís de Las Cadenas, era famosa y patente nuestra ignorancia. Pero el "Currillo" no iba a reparar en eso y con las manos en el bolsillo del chaleco, como se ve en el retrato y era en él habitual, se adelantó al detenido con gran energía y le dijo:

—¡Y tu, tonto de los tales, sino sabes hablar para que sales de tu casa!

Las risotadas de todos duraron largo rato y el moro no se fue por-

que no quiso pero la frase puso fin a la diligencia.

Era tremendo D. Joaquín por sus genialidades y sus intemperancias, siempre graciosas.

En la tercera fila, el primero es Angelín Collado, hijo del jefe del mismo nombre y ahora factor de circulación en Criptana.

A su lado el que era secretario de D. Rafael González, Valentín Ballesteros, hermano de Pedro y como él participante en las tareas periódicas alcazareñas que, lejos de abandonar, ha cultivado con lucimiento y honor en Madrid donde es Inspector Principal. A continuación Valeriano Alderete, cajero jubilado. El de la cuchara ante la paellera, Martínez el factor, de aficiones taurinas y seguidamente Vicente Sol, factor y revisor entonces, pero de acusada personalidad siempre, que se polarizó en la política y alcanzó los mayores niveles que se han dado en Alcázar, incluso entre todos los del grupo fotografiado porque no fue solo y más o menos la mayoría sintieron la misma tentación y más de cuatro llegaron a ostentar cargos públicos dignamente

El que está entre él y al caer de Escribano es Joaquín Gómez Moreno que después fue aquí Jefe Principal muchos años, padre de las esposas de Laurentino Carrascosa y Tomás Alvarez.

Los que están sentados son Miguel Climent, tan al natural como era, Abel Escribano Pérez Vázquez y José Ríos Ramón, factores de circulación en aquellos tiempos. Abel fue luego Inspector Principal en Madrid, donde murió hace pocos años.

EL "ALMENAQUE"

de antes no era, como decía Atanasio, "lo mismo" que el de ahora.

En realidad no había por aquí más que uno, el de D. Mariano Castillo, que iba voceando un hombre por las calles de los pueblos y los vendía a patacón.

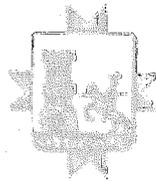
Era un cuadernillo como los de la escuela, con una cubierta de papel de color granate deslustrado en la que iba el retrato de D. Mariano, el adivinador del tiempo, muy bien peinado y rasurado y con todos los aditamentos de sus adivinanzas.

No había almanaque en las casas y éste, que lo era de bolsillo, lo solía llevar el hombre, si sabía de letra, con otros papeles en su cartera o bien lo dejaba en el cofre o en el cajón de arriba de la cómoda, para repasarlo en los momentos de dudas sobre lo que iba a hacer el tiempo.

No es que se le tuviera una fe ciega, pero ante la incertidumbre se recurría a él por si acertaba, como se recurría a la adivinadora del sino o a la remediadora de posibles embrujamientos, porque D. Mariano Castillo profetizaba el tiempo con un año de anticipación y bien claro lo rezaba en la "pasta" del cuaderno, que era el "Calendario Zaragozano para el año que viene".

Tenía todos los días y todos los santos del año, los signos del Zodíaco, los eclipses, los cambios de Luna y las alteraciones atmosféricas más probables en cada estación. Era el libro que se leía por los más entendidos en los corros de las esquinas los días de temporal y fue uno de los primeros en contribuir al escepticismo popular ante la letra de molde, porque cuando no atinaba, la gente decía que allí ponían lo que querían y luego todo era mentira, cayendo chubascos y ventiscas cuando anunciaba buen tiempo o bien luciendo el sol brillante cuando daba granizadas y tormentas. Pero no por eso se perdía el temor a lo ignorado y la creencia en los prodigios de los magos, porque la imaginación sencilla se deja arrastrar fácilmente por todo cuanto tiene la forma de lo maravilloso y sobrenatural.

Nuestras gentes consideraban las cuatro estaciones pero en realidad jalonaban el año a todo lo largo dividiéndolo por los santos viejos y los usos con ellos relacionados. La Virgen de Agosto y los Santos eran épocas de pagar trampas, señalándose como fechas en los convenios y de un modo casi exclusivo para pagar los gorrinos y los plazos de las mulas. En San Pedro y en San Miguel se acomodaban los mayores y zagales, primero los del pastoreo y después los de la labranza, siempre alejados los unos de los otros. En San Antón las cinco y con sol, en San Sebastián una hora más, y en San Matías se igualan las noches con los días. Si la Candelaria plora ya está el invierno fora... En San Marcos el melonar ni nacido ni por sembrar. En Santana y Santiago pintan las uvas y en la Virgen de Agosto ya están maduras. Cada día tenía su "andarandillo" que lo distinguía de los demás y lo hacía, para los entendidos, mucho más claro y útil que las denominaciones oficiales de carácter general, como pasa con todos los apodos. En San Andrés mata tu res San Silvestre deja el año y "veste". Y en Enero mira las cabañuelas del año venidero.



IMP. VDA. R. MATÁ.-ALCAZAR

Deposito Legal C. P. 33-1963

Núm. de Registro M. 3053-3.